

GASPAR, ENRIQUE (1842 –1902)

*LA GRAN COMEDIA*

PERSONAJES:

ISABEL  
QUICA  
CONCHA  
BALTASAR  
EUGENIO  
LUIS

All the world's a stage. And all the men and women merely players.  
(Shakespeare: *As you like.*)

ACTO PRIMERO

Gabinete elegante en casa de ISABEL.

*ESCENA I*

ISABEL y LUIS, sentados. CONCHA corriendo al encuentro de BALTASAR que entra por el foro.

CONCHA. -¡Hola, papá! ¿No sabes la gran noticia?

BALTASAR. -¿Me han repuesto en mi destino?

CONCHA. -¡Ojalá!

LUIS. -Es una justa reparación que no debe hacerse esperar mucho.

BALTASAR. -«Vuelva usted mañana,» como decía el gran Fígaro.

ISABEL. -No: se trata de un asunto puramente de familia. Tengo la satisfacción de participarte que se acaba de fijar la fecha del matrimonio de mi hija con Luis.

BALTASAR. -Vaya, pues recibe mi enhorabuena, ya que el casamiento es a gusto tuyo.

ISABEL. -Gracias.

BALTASAR. -El mal y el bien nunca vienen solos.

ISABEL. -¿Y eso?

BALTASAR. -Mujer, porque el enlace de mi sobrina coincide con la sentencia del tribunal, que te reconoce como heredera forzosa de nuestro difunto tío Gabriel.

ISABEL. -¡Ah! sí.

BALTASAR. -De modo que el bueno de Luis se encuentra con que no sólo realiza sus sueños de amor, sino que su elegida resulta hija única de una millonaria. Miel sobre hojuelas.

LUIS. -(Impertinente.) Habrá usted de hacerme la justicia de creer que la sentencia no ha influido en mi determinación.

ISABEL. -¡Qué susceptibilidad!

BALTASAR. -Eso es cuenta de usted. Yo no digo otra cosa sino que a nadie le amarga un dulce. Por lo demás, dejo correr al mundo sin meterme nunca en él, a no ser que me atropelle en el camino; porque entonces el que sí me echo a un lado, o si no me deja apartarme lo empujo. Conque ¿cuándo es la boda?

CONCHA. -El dos de Febrero.

BALTASAR. -¿El día de la Candelaria?

ISABEL. -Sí.

BALTASAR. -¡Pues si eso se toca ya con la mano! Mañana es Nochebuena.

CONCHA. -Voy a escribirle a Adela una carta de felicitación.

BALTASAR. -No, Concha, que los médicos te han prohibido el trabajo mental.

LUIS. -Puede usted evitarse la molestia; porque pienso, si, usted me lo permite, (A ISABEL.) ir a verla esta tarde a Aranjuez.

ISABEL. -¿Cómo no? Es muy natural.

BALTASAR. -Y dígale usted que vuelva pronto, que ya echo de menos sus diabluras.

CONCHA. -Y yo su cariño. Empeñarse doña Gertrudis en que pase las pascuas con ella!

ISABEL. -¡La quiere tanto!...

BALTASAR. -Y no deben contrariarse los deseos de una señora que, aunque poco, piensa dejarle todo lo que posee.

ISABEL. -¡Siempre cáustico!

BALTASAR. -No, Isabel, sé justa; siempre de buen humor. Es lo único que le queda a tu pobre primo, y lo atesoro como un avaro para darle a este ángel alguna compensación en su monótona existencia. (Abrazando a CONCHA.)

CONCHA. -¿Vas a entristecerme?

BALTASAR. -¡Dios me libre!

ISABEL. -Pues háblala de cosas amenas: por ejemplo, del día en que la casemos a ella también.

BALTASAR. -Del día en que la... Pero, entendámonos: ¿es que ya hay moro en campaña?

CONCHA. -¡Qué tontería!

LUIS. -A esa edad es muy difícil que el amor no principie a reclamar sus privilegios.

BALTASAR. -No hay que juzgar a los otros por sí mismos. Usted es todo corazón...

LUIS. -(Machacas en hierro frío.)

CONCHA. -Repito que es una broma...

ISABEL. -Yo no aseguro que exista correspondencia mutua, porque él es respetuoso hasta rayar en tímido.

BALTASAR. -Señores, ni nos hallamos en Tebas, ni en los tiempos en que se interpretaban enigmas. ¿Me quieren ustedes hacer el favor de hablar claro?

CONCHA. -Nada: tía Isabel que se empeña en que yo estoy enamorada de Eugenio.

BALTASAR. -¿De Eugenio? ¿Tú? ¿Y en qué se funda?

ISABEL. -¡Ah! ¿No te llama la atención la frecuencia con que nos visita?

BALTASAR. -De ningún modo; porque no ignorando lo muchísimo que os quiere, y siendo él la persona en quien tu tío Gabriel depositó su testamento reservado, encuentro lo más lógico que quien te instó a presentar tu derecho a la herencia por la desaparición de aquel instrumento, continúe visitándote con el carácter de asesor.

ISABEL. -Yo no lo veo así. Puede que me equivoque; pero a fuer de madre, he adquirido la costumbre de penetrar en los secretos de las niñas, y lo que es la tuya... vamos, tiene algo más que simpatía por Eugenio. ¿Acierto? (A CONCHA con mimo.)

CONCHA. -Me inspira la consideración que despierta un hombre de bien. (Cohibida.)

ISABEL. -¿Y nada más?

CONCHA. -¡Yo!...

BALTASAR. -Eso sí; digno y caballero lo es como pocos.

CONCHA. -Siento por él la veneración que merece la honradez.

ISABEL. -¿Y nada más?

BALTASAR. -¡Dala bola! ¿Qué más quieres que haga la pobre criatura?

ISABEL. -Advierte, Baltasar, que yo hablo así llevada del mejor celo.

BALTASAR. -No lo dudo, y te estoy muy reconocido; pero Concha posee el suficiente criterio para discernir que, si en merecimientos parecen formados tal para cual, la diferencia de fortuna abre entre los dos un abismo insondable.

ISABEL. -Preocupaciones.

LUIS. -La cotización de la virtud siempre está con tendencia al alza.

BALTASAR. -Pero hay quien especula con su nombre, y lo parecería el que aspirase a unirse con un archimillonario la hija de un oficial cesante de la clase de terceros que, mientras mejora su suerte, tiene que vivir al abrigo de la munificencia de su generosa prima.

ISABEL. -¡No hables de eso!

BALTASAR. -Nada de castillos en el aire.

CONCHA. -¡Yo, papá!...

BALTASAR. -Ya sé que es ociosa la recomendación. Enamórate de un auxiliarcillo probo, inteligente y laborioso que junte su nómina a la de tu padre, cuando la vuelva a

tener; y que te brinde con un porvenir en armonía con tu pasado. Sota, caballo y rey en la mesa; un sorbete el día del Corpus; galería alta en el teatro cada trimestre; un vestido nuevo por la Purísima, y mucho amor en el hogar, que es la única riqueza que resiste a todas las adversidades.

ISABEL. -Pero si Eugenio...

BALTASAR. -Eugenio es un potentado, y a los hombres ricos les sucede lo que a las casas buenas, que rara vez están desalquiladas. Puede tener ya comprometido el principal de la izquierda... (Aludiendo al corazón y reparando el efecto que hacen sus palabras en CONCHA.)

CONCHA. -(Ah!) (Con amargura.)

BALTASAR. -¿Qué?

CONCHA. -Nada. (Disimulando.)

BALTASAR. -(¡Infeliz! ¡Adora a quien no la corresponde!) (Con dolor reconcentrado.)

ISABEL. -Pues hijo, yo...

## *ESCENA II*

DICHOS, QUICA.

QUICA. -¿Dan ustedes su permiso?

ISABEL. -¿Quién?

LUIS. -(¡La portera!)

BALTASAR. -¡Ah! ¡Quica!

ISABEL. -Adelante. ¿Ocurre algo?

QUICA. -Dispéñeme usted, señora, si vengo a incomodarla; pero estoy que se me puede ahogar con un cabello.

ISABEL. -¿Qué le pasa a usted?

QUICA. -¡Lo de siempre: cosas de mi marido, que me ha de matar a pesadumbres! ¿A qué iría a Segorbe el muy condenado? Allí lo conocí, porque yo soy de Segorbe, para servir a ustedes. Por eso me llaman Quica.

ISABEL. -Bien, pero el hecho...

QUICA. -El hecho es que los tiempos están muy malos, y gracias a que la familia es corta, padre, madre y una hija, porque el primero que tuve se me murió de tres meses. Entonces fue cuando le di el pecho a Eugenio.

ISABEL. -Sí, ya...

LUIS. -¡Ah! ¿Usted ha sido la nodriza de Eugenio?

QUICA. -Cabal. Así ha salido él.-Pues vamos, yo con mi portería ayudo lo que puedo; la chica también saca para vestirse cantando en los coros del teatro Real, porque eso sí, la he criado como a una princesa; pero mi marido es el que con la reventa de billetes lleva todo el peso de la casa. Pues bien: como ahora dicen que anda eso tan perseguido, creo que anoche los sorprendieron y hubo camorra, palos y hasta me parece que alguna descalabradura. El resultado es que tengo a Roque incomunicado en la cárcel.

ISABEL. -Pero es cuestión de cuarenta y ocho horas.

CONCHA. -(Y que ya no le coge de nuevo.)

LUIS. -Además, no han de faltar influencias para que lo excarcelen bajo fianza.

BALTASAR. -Naturalmente. ¿Para qué es la amistad, sino para impedir que la justicia cumpla con su deber?

QUICA. -Les agradezco a ustedes mucho la fineza, pero... no hay prisa. Cuanto más tiempo me lo guarden allí, mejor. Es cuando más paz tenemos. Sobre que a él no le va tan mal. Veinticinco duros ganó al monte en los tres días que estuvo la última vez en el Saladero.

BALTASAR. -¡Digo si es ganga!

ISABEL. -Entonces, ¿qué es lo que desea usted de mí?

QUICA. -Verá uste. Hace poco me he puesto a cepillar su ropa, porque me he dicho: «Si me la pide, ya la tiene limpia, y si no, entre tanto descanso.» Y al sacudirle los bolsillos, que siempre los lleva llenos de tabaco en las costuras, me encuentro con un billete de lotería.

ISABEL. -¿Premiado?

QUICA. -Cá, señora; por vender. Yo me figuro ya lo que ha ocurrido: don Timoteo, un agente de bolsa que quiere mucho a la chica -él es quien la metió en el teatro-, nos toma todas las extracciones un número entero, y hasta me tiene ofrecido el año que le toque el premio gordo de Navidad, regalarme cinco mil duros para poner una lonja de ultramarinos; porque como sabe que el comercio es mi fuerte... Pues bien, se conoce que mi marido le ha reservado el billete según costumbre, pero él se marchó a Valladolid hace tres semanas y aun no ha vuelto. De modo que nos encontramos con dos mil reales sobre las costillas.

ISABEL. -No se apure usted, ya encontrará Roque manera de colocarlo, así que se halle en libertad.

ISABEL. -¿Qué dice usted? ¡Pues si a estas horas estará acabándose el sorteo!

BALTASAR. -Sí, hoy es la extracción.

CONCHA. -(¡Pobre mujer!)

ISABEL. -En ese caso... Es una contrariedad; tómelo usted con paciencia.

QUICA. -Ande usted, señora; hágame usted la caridad guardárselo.

ISABEL. -¿Yo?

QUICA. -Mire usted qué número tan redondo y tan bonito. (Enseñando el billete.)

ISABEL. -Me es imposible; tengo muchas atenciones que cubrir. ¿Por qué no recurre usted a Eugenio?

QUICA. -Eugenio en primer lugar no juega nunca; y luego, que aunque supongo que no había de rehusarme este favor, no quiero abusar hasta el último extremo; porque aún no hace un mes me sacó de otro apuro. Vamos, don Baltasar, ánimo usted; aquí está la suerte. (Brindándole con el billete.)

BALTASAR. -¡Ay! ¡Quica! Si yo tuviese dos mil reales, ya no era usted más portera; la jubilaba con todo el sueldo.

QUICA. -¿Y usted, don Luis?

LUIS. -Lo siento, pero ya traspuse mi límite.

BALTASAR. -¡Ea! hombre, aprovecho usted la suerte ahora que está de buenas. A ver si le caen a usted diez millonajos y saca para el pan de la boda.

QUICA. -(Con mal reprimida sorpresa.) ¿De la boda?

LUIS. -(¡Imprudente!)

QUICA. -¿Pero cómo? ¿El señor se casa?

CONCHA. -Con mi prima.

QUICA. -¿Con doña Adela?

ISABEL. -Con mi hija, sí. ¿Qué tiene eso de particular?

QUICA. -(A CONCHA, después de tomar una resolución.) Perdóneme usted si la suplico que nos deje solos: hay ciertas cosas que no las deben oír las niñas. (CONCHA se retira.)

BALTASAR. -Ni los extraños, presumo. (Tratando de irse.)

QUICA. -(Deteniéndola después de titubear.) No; usted es padre honrado y le necesito, para que me sirva de hombre bueno.

ISABEL. -(¿Qué saldrá de aquí?)

LUIS. -(Resolución.)

### *ESCENA III*

DICHOS menos CONCHA.

QUICA. -Señora: la gente ordinaria sabemos sentir las cosas, pero no acertamos a decirlas; ayúdeme usted a comprenderme. Don Luis no puede casarse con su hija de usted... porque... es preciso que se case con la mía.

LUIS. -(¡Oh!)

BALTASAR. -(Siempre lo tuve por un perfecto bribón.)

QUICA. -Eso es; y muchas gracias, por haberme evitado el tenerme que explicar mejor.

ISABEL. -Me ha dejado usted aturdida.

QUICA. -No lo estoy yo menos desde que Carmen me ha contado esta mañana su abandono.

ISABEL. -Deploro lo ocurrido; pero creo que no es a mí, sino a este caballero a quien debe usted dirigirse.

QUICA. -Ya se me alcanza que ciertos asuntos no han de irse divulgando con trompeta; pero aquí está usted tan interesada como la que más. Y después, que yo me encuentro como el que ve entrar ladrones en su cuarto, que lo primero que se le ocurre, es gritar «a la guardia» En fin; que hable ese... caballero.

ISABEL. -Sí, hable usted. Y si los compromisos que contrajo con Adela han de ser obstáculo para ulteriores propósitos, yo le eximo a usted de ellos en nombre suyo. (Todo esto dicho sin convicción y solo como quien cumple con un deber ineludible.)

LUIS. -Me complazco en suponer que se expresa usted así por un acto de deferencia hacia esta señora, y sin convencimiento profundo de sus palabras.

ISABEL. -¿Qué?

LUIS. -Ni usted puede proponerme formalmente que prescinda de la felicidad de Adela y de la mía propia por una locura de la juventud, ni yo tomar en serio el que usted me juzgue capaz de casarme con la hija de... su portera.

ISABEL. -Con todo...

QUICA. -¡Pues hombre! ¿Y por qué no? Cuando está de por medio la honra de una familia sin tacha...

ISABEL. -(Con el padre en la cárcel.)

LUIS. -¡Vamos! No me obligue usted con esas pretensiones a agravar su situación, añadiendo a la ofensa, que reconozco, una sonrisa que en vano pugno por reprimir.

QUICA. -¿Hase visto desfachatez como ella? Don Baltasar, hágame usted el favor de decirle todo lo que tengo aquí dentro, (Por la cabeza.) y que no me puede bajar a la boca.

BALTASAR. -¡Ay! mire usted; yo asisto a esta función como simple público. Más aun: he sido convidado. Así pues, ni debo aplaudir ni silbar.

QUICA. -Es claro: todos en contra mía.

ISABEL. -Te suplico que des tu parecer. (A BALTASAR.) No quiero que, ni remotamente, llegue Quica a presumir por tu silencio que la dejamos sin defensa para valernos de nuestra superioridad.

BALTASAR. -No, Isabel; mejor es que me calle.

ISABEL. -¿Y por qué?

BALTASAR. -No ignoras que yo hablo duro porque pienso recto, y sentiría ofender a alguien por ingerirme en lo que al fin y al cabo, ni me va ni me viene.

QUICA. -Por eso, no señor; y al que le pique que se rasque.

LUIS. -Uno mis ruegos a los de esta señora para que no se crea que trato de eludir mi responsabilidad.

BALTASAR. -¿Ustedes lo quieren?

QUICA. -Nada, nada; y muy clarito.

BALTASAR. -Corriente. ¿Ha estado usted muchas veces en el teatro?

QUICA. -Muchas.

BALTASAR. -¿De modo que lo conoce usted bien?

QUICA. -Hasta el foso.

BALTASAR. -Pues ha de saber usted que el mundo no es más que un vastísimo escenario en el que los hombres y las mujeres, por supuesto, viven representando una gran comedia.

ISABEL. -No todos.

BALTASAR. -Es cierto: la justicia reclama excepciones. Hay algunos que no se ponen nunca el colorete; pero a los infelices les pasa en el teatro social lo que a los espectadores de buena fe en los teatros reales, que toman las pelucas por verdaderas calvas, y los venenos de guardarropía, por filtros envenenadores, y vuelven a su casa afligidísimos, mientras los cómicos cenan tranquilamente con el producto de su credulidad.

QUICA. -¿Y eso, que tiene que ver con mi hija? Ella es de ópera.

BALTASAR. -Paciencia. ¿No ha visto usted cómo, por ganarse la nómina, tal individuo que hoy hace de hombre inflexible y honrado, imita mañana a un ser abyecto sin noción alguna de moral? Pues lo mismo acontece en la gran comedia humana. Sus artistas, que tampoco trabajan de balde, ejecutan toda clase de papeles para cobrar el sueldo porque los ha ajustado su egoísmo.

QUICA. -¡Ah! Ya lo voy comprendiendo.

BALTASAR. -Y ahora lo entenderá usted mejor. No hace todavía tres meses dio usted a toda la vecindad una escena cómica, despidiendo de la portería a gritos y escobazos a un oficial de carpintero que parece que también debía casarse con la muchacha. (ISABEL y LUIS sonrían.)

QUICA. -¡Calumnia!

BALTASAR. -Usted misma nos lo contó, añadiendo que no accedía a la boda reservaba usted a Carmen para más altos destinos.

QUICA. -¿Se la había de entregar yo a aquel descamisado?

BALTASAR. -Bueno. Poco tiempo después se apercibe usted de que Luis solicita a la chica; porque usted no lo ignoraba.

QUICA. -Tenía sospechas.

BALTASAR. -No regateemos. Y en lugar de decirse: «Esto no puede ser.» exclama usted: «¿Quién sabe?» y cierra los ojos; pero al abrirlos le viene usted a pedir que la haga su suegra sin acordarse de que es la escoba del zapatero lo que usted cree blandir por cetro de su dignidad. Y como las situaciones falsas resultan contraproducentes, los que característica la aplaudieron a usted, drama matrona la silban.

QUICA. -En fin, al grano.

BALTASAR. -Que es una desgracia; pero que hay fatalidades de las que debe huirse, porque de antemano se prevé, que no tienen más solución que la conformidad.

QUICA. -Pues, señor, aquí puede decirse eso que dicen por ahí... «Te traje por hombre bueno y me has salido hombre malo.»

LUIS. -Yo me permitiré aconsejarle a usted un poco de discreción.

QUICA. -Usted no tiene que aconsejarme nada.

ISABEL. -Calma, Quica; no se exaspere usted así por una travesura de muchachos.

QUICA. -Señora...

ISABEL. -En la que, después de todo, la responsabilidad no es sólo de Luis.

LUIS. -Indudablemente.

QUICA. -¿Cómo?

ISABEL. -Carmen ha sido siempre una niña un poco ligera.

QUICA. -Adelante.

ISABEL. -Y usted debió haberla educado con más severidad.

QUICA. - Así, así: cébese usted en el vencido.

BALTASAR. -Pero no haga usted caso; si mi prima tampoco siente lo que dice.

ISABEL. -¿Eh?

BALTASAR. -A cada cual su turno. ¿Cómo he de suponer yo en ti, que eres madre y persona ilustrada, tal ausencia de sensibilidad y de criterio que desconozcas lo grave y aflictivo de la situación de Quica? Si por un momento, lo que Dios no permita nunca, los papeles se trocasen...

ISABEL. -¡Oh, Jesús! ¡Calla!

BALTASAR. -Pondrías a Luis de bribón que no habría por dónde cogerlo. Pero como, por el contrario la boda te seduce, Luis es a tus ojos un hombre a quien disculpa la juventud, Carmen una criatura consecuente con su veleidad y Quica una madre sin energía.

LUIS. - A mí me parece que esta señora procede con muy buen sentido y como todas en su caso.

BALTASAR. -Como muchas, tal vez; como todas no. Y yo en su caso, le negaba a usted rotundamente la mano de Adela.

TODOS. -¡Ah!

BALTASAR. -Porque el pasado de usted es una espina que ha de estar siempre clavada en el corazón de su esposa, y no es garantía para su felicidad el que un hombre a quien se le imputa semejante falta, no tenga una frase de consuelo para aquellos a quienes ha ofendido, y se limite a rechazar con burlas sus pretensiones por la superioridad de su clase. Lo que me da derecho a creer que si la víctima fuese la primogénita de un duque o la heredera de una pingüe fortuna, sacrificaría usted sin esfuerzo el amor de mi sobrina a un arrepentimiento de circunstancias.

ISABEL. -¡Por Dios!...

LUIS. - Observo con extrañeza que no pierde usted la ocasión de atribuir a todos mis actos miras interesadas.

BALTASAR. -Pues sí señor, ya que la oportunidad se presenta, confesaré que, en mi concepto, no lo impulsa a usted a entrar en esta familia, más móvil que el interés.

ISABEL. -¡Oh!

LUIS. -¡Don Baltasar!

BALTASAR. -Tengo muchos más años que Adela estrechos vínculos. Además, ¿no se me ha exigido decir lo que sintiera? Pues yo lo he hecho. Ahora dejen ustedes que me vuelvan tranquilamente a mi butaca a ver el espectáculo, y no se extrañen de mi impasibilidad, porque como la obra me es muy conocida, ninguna de sus situaciones me produce efecto. (Sentándose.)

QUICA. -¿De modo que está usted resuelta a casarlos?

ISABEL. -¿Pero qué más se me exige? Ya le he dejado a Luis su libertad de acción; si él no quiere hacer uso de ella, ¿voy, sin conseguir evitar uno, a causar dos males destruyendo las ilusiones de mi hija?

QUICA. -¿Y usted qué responde? (A LUIS.)

LUIS. -Nada. (Con desdén.)

QUICA. -No puede ser menos. Corriente: yo haré que ponga impedimento la justicia.

LUIS. -Carmen es mayor de edad, y aquí no hay víctima, sino cómplice.

ISABEL. -(¡Qué depravación tan refinada!)

QUICA. -¡Buenas están las leyes! Pero, en fin, a dónde ellas no alcanzan, llegará Roque, y así que vuelva de la cárcel, él se encargará de echarle a usted la bendición a muchas gracias. Perdonar el mal rato, y... ¡a vivir, tropa! Que ustedes lo pasen bien. (Vase.)

#### *ESCENA IV*

ISABEL, BALTASAR, LUIS.

LUIS. -Yo también dejo a ustedes. (Consultando el reloj.) La hora del tren se acerca.

ISABEL. -(Cumpliendo con una obligación impuesta por las circunstancias.) Luis, no he querido humillarle a usted con mis reconvenciones delante de una criada: pero ahora que estamos solos, sepa usted que con su conducta me ha procurado un verdadero disgusto.

LUIS. -¡Isabel!... (Imitándola a no tomarlo en serio.)

ISABEL. -No venga usted con disculpas que me son sobrado conocidas. Lo único que tengo que añadir es que ha decaído usted notablemente en mi afecto. Así, pues, y en bien de todos, medite usted a solas con su conciencia cuál es el camino que en tal caso debe seguir un hombre de honor.

BALTASAR. -(Otra farsa impuesta por la situación. Ni a tiros cede mi prima el yerno.)

LUIS. -Ese lenguaje la enaltece a usted mucho; pero abrigo la esperanza de que así que el tiempo haya dado lugar a la reflexión, la lógica se sobrepondrá a ese plausible sentimiento de delicadeza.

ISABEL. -No obstante...

LUIS. -Lo pensaré. (Zumbón.) Hasta luego. Don Baltasar... (Despidiéndose.)

BALTASAR. -Buen viaje y expresiones.

LUIS. -Gracias. (Vase.)

### *ESCENA V*

ISABEL, BALTASAR, después CONCHA.

ISABEL. -Vamos, no dirás que soy una actriz encargada de representar el papel que me han repartido mis miras personales.

BALTASAR. -«Mi capitán, mi capitán, un prisionero,» gritaba un recluta. «A ver, traémelo aquí,» repuso el jefe. «No puedo, señor, porque me tiene cogido de una oreja y no me quiere soltar...» Y así haces tú, prima mía, le echas un discurso, después de estar convencida de que no se casa con Carmen, y pregonas de buena fe que tratas de traerlo al buen camino, cuando sabes que es Luis el que te tiene cogida la voluntad.

ISABEL. -Vaya, contigo no hay medio de entenderse.

CONCHA. -(Que aparece, disimulando su sobresalto.) ¿Estáis solos?

ISABEL. -Sí. ¿Qué ocurre? ¡Pareces inquieta!

BALTASAR. -¿Te sientes mal, Concha?

CONCHA. -No; es que ha venido tu abogado. (A ISABEL.) Y por si aún no se había ido Quica, lo llevé al despacho de papá.

ISABEL. -¿Pero es asunto tan urgente?

CONCHA. -Sí, dice... que trae muy malas noticias.

BALTASAR. -¡Ah!

ISABEL. -¿Qué? ¡Baltasar, vente conmigo. Jesús, que vuelco me ha dado el corazón! (Vase.)

CONCHA. -¡Está arruinada!... (Al oído de su padre.)

BALTASAR. -¿Sí? Pero, hija mía, tu salud, es antes que todo, no te sobrecojas. ¡Pobre Isabel! (Sigue a su prima.)

## ESCENA VI

CONCHA, EUGENIO.

CONCHA. -¡Arruinada!... ¡Dios mío! Ella tan buena... Eugenio. (Enjugándose las lágrimas.)

LUIS. -¿La encuentro a usted llorando? No pregunto más; se sabe todo.

CONCHA. -Pero ¿cómo ha sido?

EUGENIO. -Una fatalidad. El testamento cerrado que don Gabriel otorgó y que, por no haber aparecido a su muerte, permitió a Isabel entrar en posesión de su fortuna como heredera forzosa, ha sido encontrado al fin, y la desgraciada no tiene más remedio que despojarse de sus bienes.

CONCHA. -¡Qué horror!

EUGENIO. -Y lo que más me aflige, es que, por un sarcasmo de la suerte, soy yo el llamado a privarla de la herencia.

CONCHA. -¿Usted?

EUGENIO. -YO, que daría la mitad de lo que poseo por ver a todos ustedes felices.

CONCHA. -¿Y qué va a ser de nosotros? Porque desheredada mi tía, mi pobre padre y yo quedamos a merced de la caridad pública.

EUGENIO. -No se abandone usted a la desesperación. Dios es grande, y sus virtudes de ustedes muchas para que Él no las recompense. Vamos, seque usted sus lágrimas, sentémonos aquí, y oiga usted una confesión que ya no me cabe en el pecho. (Se sientan.)

CONCHA. -Escucho. (Emocionada.)

EUGENIO. -¿Usted cree que, (Con timidez.) A mí me sea lícito enamorarme de una niña sin herir su delicadeza ni marchitar sus ilusiones?

CONCHA. -(¡Ah!) (Con reprimido gozo y tomando para sí las frases de EUGENIO.) ¿Por qué no?

EUGENIO. -Porque así como la mayor parte de los ricos imaginan que su dinero les autoriza a todo, a mí se me figura que voy a deprimir siempre con el mío a los que son menos que yo. Y en esta circunstancia concreta, temo hasta ofender al amor, presentándome en su templo vestido de oro, como si fuese a un mercado.

CONCHA. -Si la persona objeto de esa preferencia, es, como debe presumirse, digna de tal honra, bendecirá los beneficios que reciba, sin descender jamás a contarlos.

EUGENIO. -¡Es usted un ángel! ¡Pero aún hay más! Mi juventud no es alegre ni bulliciosa: tiene el bello de una vejez prematura provocada por la orfandad de afectos que me envuelve. Y no sé hasta qué punto me autorice el cariño a privar de las sonrisas de la existencia a una criatura, para quien el despertar del primer sueño puede constituir un desengaño.

CONCHA. -La formalidad del carácter no excluye la dicha en el matrimonio: y la mujer que amó a su marido le sacrificará gustosa los efímeros planes del mundo por los tranquilos y duraderos goces del hogar.

EUGENIO. -¡Cómo se hermanan nuestros sentimientos! Pues bien: ¿a qué ocultarlo si ya lo han debido ustedes comprender en mí? Amo, amo apasionadamente, y me decido a romper el silencio antes de que se estrechen más los lazos que unen a Luis con Adela.

CONCHA. -¡Ah! (Levantándose, espantadas al recibir el desengaño.)

EUGENIO. -¿Qué?

CONCHA. -Nada. (Dominándose.) Que al identificarme con la situación de usted, di al olvido que hoy acaba de fijarse la boda de Luis con mi prima.

EUGENIO. -¡Siempre tarde! Y sin embargo, no me abandona la esperanza. He llegado a fingirme que ese casamiento obedece a una imposición de Isabel y no a un acto espontáneo de su hija; porque... no son los celos los que me impulsan a hablar así, pero Adela no puede amar, si lo conoce, al hombre a quien va a unirse.

CONCHA. -Sí... acaso.

EUGENIO. -Y ya ve usted que no es sólo mi felicidad, es la suya la que arriesga en la partida.

CONCHA. -Tiene usted razón.

EUGENIO. -Una cláusula testamentaria, dictada por antiguos odios, me prohíba ceder en favor suyo ni de su madre los bienes que acabo de heredar. Además de que aunque nada me lo vedase, ¿podría yo ofrecerlos, sin humillarlas, un donativo que tendría las apariencias de una limosna?... Mientras que... llamándose mi mujer...

CONCHA. -¡Oh! Es preciso que lo sea.

EUGENIO. -Pero mi situación se ha vuelto hoy más difícil que nunca. Yo no puedo hablar sin conocer sus inclinaciones, sin penetrarme, de que ella no ve en mí un licitador soberbio, sino un amigo leal que viene a relevarla de un sacrificio. Concha, ayúdeme usted a sondear su corazón; ¡sea usted mi cómplice en tan buena causa!

CONCHA. -¡Cómo! ¿Usted quiere, que yo?... (¡Dios mío!) (Rompe a llorar.)

EUGENIO. -¿Qué? Ese llanto...

CONCHA. -Me lo arranca la desesperación del temor que abrigué por la suerte de las personas a quienes tanto debo.

EUGENIO. -¡Oh! ¡No! (Presintiendo la verdad.)

CONCHA. -La alegría de saber que Adela va a ser venturosa... y que yo, ¡yo más que nadie habré contribuido a la obra de su eterna felicidad!

EUGENIO. -Concha, la satisfacción del bien ajeno no se parece en nada a las lágrimas del sufrimiento propio.

CONCHA. -¿Qué?

EUGENIO. -Usted no me dice la verdad.

CONCHA. -Sí, sí. Alguien viene. Adiós.

EUGENIO. -Pero...

CONCHA. -Confíe usted en mí. (Vase precipitadamente.)

EUGENIO. -(Después de una breve pausa.) ¡Señor, que no se confirme tan horrible sospecha!

## *ESCENA VII*

EUGENIO, BALTASAR.

BALTASAR. -Siempre se halla al amigo fiel, allí donde se necesita un consuelo.

EUGENIO. -Temo, no obstante, mortificar hoy con mi presencia. Vamos a lo que más importa. Don Baltasar, ¿su hija de usted ama a alguien?

BALTASAR. -Esa pregunta...

EUGENIO. -Pues bien; más claro: ¿me ama?

BALTASAR. -¿Por qué lo dice usted? (Cohibido.)

EUGENIO. -¡Ah! sí, es cierto. ¡Miserable! Acabo de hacerle añicos el corazón.

BALTASAR. -¡Por Dios, Eugenio! ¡Usted sabe que Concha padece una aneurisma; que cualquiera impresión dolorosa me la puede matar!

EUGENIO. -No aumente usted mi confusión. Y yo le he pintado con los más vivos colores mi pasión por Adela. Hasta le he exigido que me preste apoyo para penetrar en el afecto de su prima, guiado por su generosa mano. ¡Pobre criatura!

BALTASAR. -¡Eugenio, yo no miento jamás! No sé nada de positivo: pero presumo que no se equivoca usted. Creí poderme vanagloriar de ir destruyendo poco a poco el castillo de sus ilusiones, que usted, tan brusca como inocentemente, ha hecho caer en ruinas.

EUGENIO -¡Oh! Si al corazón se le pudiese mandar...

BALTASAR. -Ya hace tiempo que he sorprendido en el de usted esa profunda herida que trata de encubrir: de otra suerte no me hubiera puesto a extirpar del de Concha las raíces de su amor, con ese doloroso tacto del que opera sobre su hijo. ¡Porque si río en medio de mi amargura, es por ella; simpatizo aún con la vida, porque imagino que con mis cuidados puedo prolongar la suya, y por verla feliz iría yo hasta el crimen! (Exaltado.)

EUGENIO. -¡Don Baltasar!...

BALTASAR. -Perdone usted en el hombre los arrebatos del padre.

EUGENIO. -Silencio. Isabel.

### *ESCENA VIII*

DICHOS, ISABEL, viendo a EUGENIO, a poco LUIS.

ISABEL. -¡Ah! ¿Usted aquí? No es muy generosa la entrevista.

EUGENIO. -Señora... (Entra LUIS.)

BALTASAR. -¿Cómo? ¿Ha perdido el tren? (Al ver a LUIS.)

LUIS. -(Azorado.) ¡Al dirigirme a la estación, he tenido conocimiento de una triste nueva, que... no quisiera ver confirmada!

ISABEL. -Desgraciadamente no deja duda.

LUIS. -(¡Ah!)

ISABEL. -Pero es muy extraño, en verdad, que un documento de esa importancia haya permanecido oculto tanto tiempo, siendo encontrado al fin entre los papeles de un antiguo servidor de su padre de usted. (A EUGENIO.)

LUIS. -No sé dame otra explicación satisfactoria, sino que, cuando el incendio de mi casa, se puso en salvo el archivo, y al restituir los legajos debió quedar ese por inadvertencia de nuestro honrado mayordomo.

ISABEL. -Y ha sido preciso que ese criado muera repentinamente para que en el inventario judicial aparezca el testamento, se convoque a los testigos, y con su apertura se me prive de una herencia que usted me arrebató.

EUGENIO. -¿Yo?

BALTASAR. -(¡Qué injusta es la ira!)

LUIS. -Pero la sentencia del tribunal que reconoce a usted por heredera, es definitiva y produce ejecutorio.

BALTASAR. -No señor: Isabel no percibe más que el usufructo, y no puede entrar en posesión de sus bienes hasta espirar el plazo que, para averiguación del paradero de la disposición testamentaria, ha creído deber señalar la ley.

LUIS. -Con todo; aún puede litigarse.

ISABEL. -Es inútil. El plan ha estado tan bien concebido como llevado a efecto.

EUGENIO. -Pero... ¿duda usted de mí?

ISABEL. -Creo firmemente que ha servido usted de cómplice al testador en sus odios contra mi difunto marido.

TODOS. -¡Cómo!

ISABEL. -Instituye a usted por heredero; dispone, para destruirnos toda esperanza, que si muero usted sin sucesión antes que él o renuncia la herencia, se destine su fortuna a la fundación de una obra pía. ¡Y por un refinamiento de crueldad aguarda usted a que yo me forje la ilusión de tener asegurado el porvenir de mi hija, para hacer valer su derecho y sumirnos en la miseria!

TODOS. -¡Oh!

EUGENIO. -El dolor le trastorna a usted el juicio.

ISABEL. -No; la persuasión de un desengaño.

EUGENIO. -No me obligue usted, para vindicarme, a revelar mis más ocultos y delicados sentimientos.

ISABEL. -¿Algún nuevo subterfugio?

EUGENIO. -¡Esto es espantoso! Yo no quiero desmerecer en la estimación de nadie y menos de usted a quien tanto considero, y cuyas invectivas perdono, en atención, a su amargura. Sí; conocía confidencialmente la disposición de don Gabriel en favor mío, y los rencores por su familia. Y no destruí el testamento por si su conservación podía ser favorable a mis propósitos; pero lo oculté yo mismo bajo segura custodia, para que entrase usted en posesión de la herencia y no abrigara usted temor alguno sobre la suerte de su hija, víctima inocente de las ajenas discordias.

TODOS. -¡Oh!

EUGENIO. -¡La fatalidad no me ha dejado concluir mi obra! (Sollozando.)

ISABEL. -¡Eugenio, estoy confundida!

BALTASAR. -(¡Alma grande!)

LUIS. -(¡Arruinada!)

BALTASAR. -Ahora usted va a ser el apoyo de los desvalidos. (A LUIS.)

LUIS. -Conozco mis deberes. (Se oyen gritos dentro muy desaforados que da QUICA.)

ISABEL. ¡Esas voces!...

EUGENIO. -Con efecto...

BALTASAR. -¡Algo ocurre! (Se dirigen todos al foro donde aparece CONCHA.)

ISABEL. -¿Qué pasa?

*ESCENA IX*

DICHOS, CONCHA, luego QUICA.

CONCHA. -Quica, que sin duda ha perdido la razón. ¡Viene gritando como una loca! Trae un papel en la mano...

TODOS. -¿Eh?

CONCHA. -Aquí está. (QUICA se presenta ebria de alegría.)

QUICA. ¡A ver! ¡Que se me abran de par en par las puertas! ¡Que bajen la cabeza los criados cuando pase mi persona! ¡Ya no soy Quica, la mujer del Chato! ¡Soy doña Francisca Martínez, la señora de don Roque Perales! ¡Vaya! ¡Y me puedo sentar delante de ustedes! (Sentándose.)

BALTASAR. -Pero seréne usted.

ISABEL. -¿Qué es ello?

QUICA. -¡Que tengo el mejor marido del mundo y ahora mismo que voy en un coche a comérmelo a besos! Y si no me lo dejan sacar a buenas de la cárcel, compro a los carceleros, al juez, y si es necesario, al presidente del Consejo de Ministros...

EUGENIO. -¿Estás loca?

QUICA. -¡De alegría, de satisfacción! Eugenio, si te falta algo, aquí está tu ama que ya es tan rica como tú.

TODOS. -¿Cómo?

QUICA. -Si para corazonadas no hay como mi Roque. No vendió el billete... y miren ustedes esto. (Enseñando el billete de la lotería y la lista que tiene en la mano.) Quince mil seiscientos noventa y cinco. ¡Dos millones y medio de pesetas!

TODOS. -¿Qué? (Con asombro.)

LUIS. -No hay duda. (Cerciorándose.)

QUICA. -Quinientos mil pensantes míos y remíos.

LUIS. -(¡Diez millones!)

ISABEL. -(¡Qué contrastes los de la fortuna!)

CONCHA. -Sea enhorabuena, Quica.

BALTASAR. -Cuando da Dios, da de veras.

EUGENIO. -Ahora a conservarlos.

QUICA. -¡Pues no que no! En cuanto compré la lista me corriendo como un corzo, porque me figuré la satisfacción tan grande que les iba a dar a ustedes. (Con retintín.)

TODOS. -Sí.

QUICA. -Pero me voy al momento a contárselo a todos, y a alquilar un cuarto; porque lo que es a la portería no vuelvo yo ni para cenar esta noche. Y me he de abonar a los teatros, y me paseará por el Retiro en carretela descubierta, seguida de mozalbetes a caballo junto al estribo; porque novios los va a tener ahora así mi hija. (Señalando con los dedos.) ¡Digo! ¡Con diez millones! Le va a salir a real cada uno... Conque gracias por la enhorabuena. Ya vendré a ofrecerles a ustedes mi nueva casa... Agur. Vaya, acompáñeme usted hasta la puerta, como se hace con las señoras. (A ISABEL.)

ISABEL. -¿Eh?

QUICA. -El dinero del mes se lo puede guardar para alfileres de la boda de Adela. (A ISABEL.)

ISABEL. -¡Quica! (Enojada.)

QUICA. -No haga usted caso: ya soy rica y tengo el derecho de decir lo que me dé la gana. Y si no acomodo, me despide usted. ¿Estamos? Que revienten ustedes de salud. (Da un respingo y vase.)

#### *ESCENA X*

DICHOS, menos QUICA.

ISABEL. -¡La muy osada!

BALTASAR. -¡Déjala!

EUGENIO. -¡Sufre la embriaguez de la riqueza!

CONCHA. -¡Pero qué suerte la suya!

EUGENIO. -El dinero no constituye la felicidad. (BALTASAR reparando en LUIS, que está sumido en hondas meditaciones.)

BALTASAR. -¿Qué tiene usted? ¿Se ha quedado usted pensativo?

ISABEL. -Está usted pálido. ¿Se siente usted mal?

ISABEL. -No. Medito a mis solas que mientras el oro es en unos germen de la más espontánea alegría, es en otros torcedor agudo, si no obstáculo para el cumplimiento de sus más sagradas obligaciones.

ISABEL. -¡Cómo! No entiendo.

LUIS. -Mi posición, señora, es muy delicada. Con todo, prefiero el lenguaje de la sinceridad.

BALTASAR. -(¡Hola!)

LUIS. -¿Quién, que no abrigue un alma superior capaz de comprender el rudo combate que sostengo, dejará de atribuir el grito de mi conciencia a una especulación miserable, indigna de un hombre de honor?

ISABEL. -¿Su honor? ¿El grito de su conciencia? (Aturdida.)

EUGENIO. -(¿Qué dice?) (A CONCHA.)

CONCHA. -(No sé.) (A EUGENIO.)

LUIS. -Los severos cargos que con tanta razón me ha dirigido usted, (A ISABEL.) no hace mucho, (Recalcándolo.) han logrado despertar en mi alma los mal dormidos remordimientos.

ISABEL. -¡Ah!

LUIS. -Júzgueme la gente como quiera. Usted me ha salvado, y yo, al recoger la palabra que tan generosamente se me ha devuelto, salgo de aquí debiéndole a usted la ventura de aquella pobre niña y la paz de mi existencia. Adiós. (Vase.)

BALTASAR. -(¡Qué cínica audacia!)

ISABEL. -Pero... ¡Dios mío!... (Anonadada.) ¿Qué es esto?

BALTASAR. -Nada. Un nuevo actor, que por quinientos mil duros acaba de firmar la escritura para representar los papeles de hombre de bien. Tendrá éxito.

## ACTO SEGUNDO

La misma decoración.

*ESCENA I*

ISABEL y BALTASAR.

BALTASAR. -¡Me parece un paso inútil!

ISABEL. -Más inútil es no hacer nada.

BALTASAR. -Efectivamente; pero te queda el recurso de mantener tu dignidad.

ISABEL. -¡Ah! ¿Crees que la pierdo procediendo de este modo?

BALTASAR. -No queda muy bien parada solicitando una entrevista del individuo que, desde su cuarto de conversión, no ha vuelto a poner los pies aquí ni siquiera para justificar su conducta.

ISABEL. -Pues por eso mismo le llamo. No es el asunto de tan poca monta que no exija una explicación.

BALTASAR. -¿Aun la quieres más terminante? Después de todo, yo consideraría como un beneficio esa ruptura.

ISABEL. -Tú no te haces cargo de que la situación de mi hija ha cambiado completamente. Hace unos días ese rompimiento no hubiera producido más que un desencanto en sus ilusiones; hoy que es pobre, representa un obstáculo en su porvenir.

BALTASAR. -Le queda su virtud por la que todavía habrá muchos que la quieran.

ISABEL. -Sí; pero la virtud es un cuadro de colores sombríos que necesita una moldura dorada para que destaque.

BALTASAR. -Te engañas si piensas reducirle. Ese cínico no es un malvado de inspiración; plantea problemas para encontrar soluciones fatales. Hace el mal por matemáticas.

ISABEL. -Si tan empedernido tiene al corazón, me quedará al menos el recurso de echarle en cara su felonía.

BALTASAR. -Pase como un natural desahogo de tu justa indignación. Pero también has mandado llamar a Quica, y eso, francamente, me parece una imprudencia.

ISABEL. -¿Por qué? Alguna ventaja has de concederme sobre una mujer sin instrucción ni cultura.

BALTASAR. -Además, su causa es la justa; tu misión de suplicante es la menos digna; te expones a recibir una contestación que te mortifique.

ISABEL. -Baltasar; tú no has visto a Adela en mis brazos, desencajada, sin alientos, con el corazón, herido, pidiendo que le devolvieran a su Luis, a quien ama, con locura. Me he resuelto a dejarla en Aranjuez, porque de traerla a donde él está se me moriría de dolor, y vengo a representar mi papel como una verdadera artista, ya que a pesar mío tengo que tomar parte en la gran comedia.

BALTASAR. -Si es a pesar tuyo, rechaza la escritura.

ISABEL. -No puedo; la ha firmado mi hija por mí...

## *ESCENA II*

DICHOS y QUICA.

QUICA. -Vengo porque se me llama.

ISABEL. -(Ella.)

BALTASAR. -(Buen principio.)

ISABEL. -Así es: tómese usted la molestia de pasar.

QUICA. -Yo pensé que a las personas de clase las anunciaban los criados. Aquí, aunque sea mala la comparación se cuele uno como los perros en misa.

ISABEL. -Prueba de confianza.

BALTASAR. -O de que no han reconocido a usted; porque como no se ha traído las talegas...

QUICA. -¿Eh?

BALTASAR. -Pero en seguida voy a subsanar el error. ¡A ver: mayordomos, ujieres, pajes, todo el mundo a supuesto, que está aquí el premio gordo! (Vase dando órdenes.)

QUICA. -¡Vaya un chiste!

## *ESCENA III*

ISABEL y QUICA, aquella muy amable, como quien espera atraerse a la otra por la dulzura. Ésta zumbona, como conociendo el plan de su antagonista y complaciéndose en fomentar su error.

ISABEL. -(Indicándole asiento.) Siéntese usted.

QUICA. -(Tomando el del lado opuesto.) No; a la derecha, que es el sitio que se da a la visita. Ya me voy yo enterando de todos estos perfiles.

ISABEL. -Es natural; en su nueva posición...

QUICA. -¡Y qué cosas se ven desde esta altura!... Conque prontito; que hoy sueltan a Roque, y de aquí me marcho al Saladero, porque ya sabrá que tengo a mi marido en la cárcel por causas políticas.

ISABEL. -¡Ah!

QUICA. -Digo; así me han asegurado desde que me ha caído la lotería, y casi he llegado a convencerme de ello.

ISABEL. -Privilegios de la fortuna que yo soy la primera en respetar. Por eso ardía en deseos de darle a usted una explicación, pues no quisiera que guardase usted un concepto equivocado de mí.

QUICA. -Ya escucho. (Preparándose a la defensa.) (Vamos a ver cómo se explica; la espero con bayoneta calada.)

ISABEL. -(Con fingida espontaneidad.) El día que vino usted a exponernos sus justas quejas, debí parecerle a usted una mujer egoísta.

QUICA. -Comprendí que defendía usted sus intereses.

ISABEL. -No, para mí no los hay más sagrados que los de la razón; pero sin que esto sea deprimirla a usted, su posición entonces era de tal naturaleza, que yo no podía, sin humillarte, dirigir cargos a Luis en presencia de usted.

QUICA. -Es cierto.

ISABEL. -Por eso tuve que aguardar a quedarnos solos; y una vez sin testigos, tan directamente lo hablé al alma, con tal vehemencia defendí la causa de usted, que la solución más satisfactoria ha coronado mis esfuerzos, y hoy puedo rehabilitarme a sus ojos presentándome ante usted como el principal agente de su ventura.

QUICA. -Vaya. Pues se lo agradezco a usted mucho. (Trata de llevarme por el camino más largo; yo no tenga prisa. Pronto vendrá el pero.)

ISABEL. -Pero...

QUICA. -(Ya está allí.)

ISABEL. -Como yo la quiero a usted de veras y me intenso por su suerte...

QUICA. -(Si pudiera me mordería.)

ISABEL. -No es justo que deje sin concluir mi obra. Quien hizo lo más, debe hacer lo menos.

QUICA. -¡Alma generosa! Dios le premiará a usted el uso que da a su talento aconsejando a los que no tenemos aquí ni agua.

ISABEL. -¿Quica; usted se ha parado a meditar con detenimiento todo lo que en su nuevo estado representa usted hoy en la sociedad?

QUICA. -Así... a mi manera...

ISABEL. -Está usted en el apogeo de la opulencia; en el pináculo de la fortuna, y en el deber por consiguiente de exigir para Carmen más vastos horizontes que los que su enlace con Luis le promete.

QUICA. -(Ya pareció el peine.) Es verdad; pero vienen así las cosas...

ISABEL. -Ahora atraviesan ustedes el momento de la brusca transición, y no hay nada que no les parezca, satisfactorio; pero así que con el tiempo venga la madurez, y esa pobre niña vea que otras que valen mucho menos han logrado partidos más brillantes... ¿No será un remordimiento para usted cada vez que ella le eche en cara la oscuridad en que la ha sumido su punible imprevisión?

QUICA. -¡Caramba! Señora... Qué lejos alcanza usted...

ISABEL. -No tal; sino que poseo más experiencia del mundo, y me duele que una familia honrada vaya por su buena fe a ser víctima de un engaño.

QUICA. -(¡Cómo incienso!)

ISABEL. -Porque... venga usted acá, Quica. No hay que hacerse ilusiones: ¿cómo puede usted suponer que Luis se case por amor con Carmen, cuando, minutos antes de nuestra entrevista, acababa él mismo de fijar su boda con Adela?

QUICA. -Se querían, es verdad.

ISABEL. -Entrañablemente... mi hija; porque él es incapaz de profesar cariño a nadie.

QUICA. -Nada, nada; que es el puro evangelio. Hoy no se le pregunta al prójimo de dónde viene, sino cuanto vale. Y el que yo haya barrido las escaleras, -porque eso no hay millones que me lo quiten-, no obsta para que Carmen con su educación y su fortuna pueda aspirar hasta a... un título.

ISABEL. -No lo dudo.

QUICA. -Figúrese usted... ¡Yo, marquesa madre! Y todo venía que ni de molde; de esta manera lograba usted que Luisico se casase con su chica.

ISABEL. -(¡Eh!) ¿Yo?

QUICA. -Digo... ¡si tan apasionada está!...

ISABEL. -(¡Es astuta!) Sean los que fueren los sentimientos que Adela abrigue todavía por él, he inculcado en mi hija la dignidad suficiente para que sepa ahogarlos antes que faltar al decoro que lo impone su situación. Ese hombre ha concluido para nosotras, y crea usted, Quica, que me felicito de ello.

QUICA. -(¡Qué aplomo!)

ISABEL. -Ojalá se reconozca usted y llegue a persuadirse de que, al entrar en su familia, no le induce a Luis otro móvil que una soez especulación.

QUICA. -Bien puede ser. Por eso sin duda lo ha precipitado todo; tanto que yo le digo: «No parece sino que te vas a morir.» Porque ya le hablo de tú; como va a ser mi yerno, ¿a qué andarnos con cortesías?

ISABEL. -¿Si?

QUICA. -En menos de dos semanas él nos ha procurado cuarto, un poco de dinero a cuenta del billete; porque de aquí a que se cobre... Ha dispuesto los preparativos, dispensado las amonestaciones y, en fin, que mañana es la boda.

ISABEL. -¿Mañana? (Conmovida.)

QUICA. -¿Se ha asustado usted?

ISABEL. -Por el porvenir de Carmen que doy por destruido.

QUICA. -¡Qué buen corazón!

ISABEL. -No en vano vivieron ustedes diez años en mi casa; la he conocido pequeñita; la tuve en mis brazos...

QUICA. -Y ahora ve usted que se ha hecho ya tan grande que... no puede usted con ella. (Riendo a carcajadas.)

ISABEL. -¿De qué se ríe usted... tan a gusto? (Desconcertada.)

QUICA. -Da usted, señora. (Desvelando la situación.)

ISABEL. -¿Cómo?

QUICA. -Bien dice don Baltasar que el mundo es un gran teatro; y para comediante su prima.

ISABEL. -En suma...

QUICA. -Que lo mismo le interesa a usted mi suerte que la del Gran turco. Lo que usted busca es que yo lo ceda el yerno, porque... le hace falta. (Con intención.)

ISABEL. -¿A mí? (Asombrada.)

QUICA. -¡Ea! no más farsas; juguemos a cartas vistas. No son sólo las hijas de las porteras las que tienen prisa en casarse. (Con insultante ademán.)

ISABEL. -(Exaltándose por lo que supone una impostura.) ¿Por qué infernal suspicacia se cree usted en el derecho de venirme a insultar?

QUICA. -¿Pero aun tiene usted valor de fingir en mi presencia? Si lo sé todo. Resignación; los papeles se cambian.

ISABEL. -(Con ira y clavándose las uñas en las manos.) ¡Miserable! ¿Dónde se ha forjado esa infame calumnia?

QUICA. -No me haga usted reír. Pues qué; ¿no he visto yo la carta?

ISABEL. -¿Cuál?

QUICA. -La que el criado de Luis le ha llevado a mi casa hace un momento.

ISABEL. -¿De mi hija?

QUICA. -Cabal. Y como Carmen estaba presente, ha habido lo de: «Es suya.» «Que no.» «Que sí.» «Que me dejes leerla.» Y con un «no me quieres» y unos cuantos suspiros, la chica que no es manca ha abierto el papel y... ¡Vamos! que es una alhaja la niña de usted.

ISABEL. -(Con el extravío de la desesperación.) ¡Dios mío! ¿Mi Adela encenagada?... (Llamando como si pidiera auxilio.) ¡Baltasar!...

QUICA. -(Presintiendo su indiscreción.) ¿Pero... verdaderamente, usted no tenía conocimiento?...

ISABEL. -Yo no puedo sola con este golpe. ¡Baltasar!...

QUICA. -(¡Pues me he lucido!)

#### *ESCENA IV*

DICHAS y BALTASAR.

BALTASAR. -¡Esas voces!...

ISABEL. -Me vuelvo loca: tanto sufrimiento es superior a mis fuerzas.

BALTASAR. -¿Qué pasa?

ISABEL. -(Fuera de sí.) Que mi hija es la más envilecida de las mujeres...

BALTASAR. -¿Qué? (Aturdido.)

ISABEL. -Y Luis el más despreciable de los hombres.

BALTASAR. -Pero eso es imposible; alguna impostura...

ISABEL. -No; una carta de ella... interceptada por Carmen. ¡Es la desnuda realidad! (Cediendo al dolor se deja caer en una silla sollozando.)

BALTASAR. -¡Trance terrible!

QUICA. -Si yo hubiera imaginado que ustedes lo ignoraban... (Y después de todo: ¿que lo sepan, qué?)

ISABEL. -(Rehaciéndose.) No; no puedo persuadirme. Aquí hay de por medio alguna malevolencia. Usted ha mentido.

QUICA. -¡Señora! Eso nunca. Y si no, presente está quien puede decirlo. (Viendo aparecer a LUIS.)

BALTASAR. -¡Luis!

ISABEL. -¡Él! (Tratando de precipitarse sobre LUIS como una fiera.)

BALTASAR. -¡Calma! (Conteniéndola.)

ISABEL. -Sí... Más vale. (Dominándose.)

*ESCENA V*

DICHOS y LUIS.

LUIS. -(Respetuoso a ISABEL.) Me manda usted venir...

QUICA. -(Le había dado cita. ¡Qué tal si estaba en autos!)

ISABEL. -Una sola pregunta. ¿Es verdad que después de haber merecido mi desprecio de mujer se ha procurado usted títulos a mi indignación de madre?

LUIS. -¿Qué?

QUICA. -Nada; que se me fue la lengua; que conté lo de la carta y que me ha puesto de embustera esta señora... como si no me hubiese caído la lotería.

LUIS. -(¡Imprudente!) (Bajando la cabeza.)

ISABEL. -(Convenciéndose de su desgracia.) ¿Calla usted? Por olvido siquiera, ¿ha quedado algún resto de honor entre sus torpes sentimientos?

LUIS. -¡No me martirice usted!

ISABEL. -¿Puedo esperar que rehabilite usted a mi hija?

QUICA. -¿Eh? Poco a poco; la mía es primero.

BALTASAR. -(A QUICA.) Déjele usted, señora, que aquilate el peso de su doble falta por la inclinación de su conciencia. Vamos; sume usted.

LUIS. -(Humillado.) La mía, no por cálculo, sino por convicción, me dicta ser más clemente con la mayor desgracia.

BALTASAR. -¿Y cuál es ella?

QUICA e ISABEL. -Sí.

LUIS. -La que privada del beneficio de la educación, sucumbe por carecer además de las luces del entendimiento.

QUICA. -Bien, Luisico. (Abrazándole.)

ISABEL. -¡Oh! ¡Si yo fuera hombre!... (Desesperada.)

BALTASAR. -Harías lo que la prudencia me aconseja a mí mismo que lo soy y no asisto indiferente al espectáculo de tus desventuras. ¿Alcanzarías con la violencia lo que no logra la persuasión? (Aparte a ISABEL.) (No, Isabel: el escándalo sería el producto de tu conducta irreflexiva, y en tus circunstancias debes amordazar al dolor para que no le venda ningún grito.)

ISABEL. -(Aparte a BALTASAR.) (Dices bien.) (A LUIS.) Al menos me de devolverá usted sus cartas.

LUIS. -Señora...

ISABEL. -¿Tampoco?

LUIS. -No me juzgue usted torcidamente. La ira es mala consejera, y necesito precaverme de la de una madre que acaso adujese delito donde sólo existe complicidad.

BALTASAR. -(¡Qué perversidad tan meditada!)

ISABEL. -¡Qué... asco!

QUICA. -(A LUIS.) ¿Pero nos puede causar algún perjuicio?

LUIS. -El marido de Carmen cumplirá con este sagrado deber.

ISABEL. -(A LUIS.) Basta. Salga usted de aquí.

QUICA. -¡Pues no lo toma poco fuerte!

ISABEL. -Y usted también.

QUICA. -¿Eh?

LUIS. -Respeto su justo enojo. (Retirándose.)

QUICA. -Sí, hijo, sí; respetémoslo y vámonos piden. Pero... tenga usted más calma. No se desespere usted por usted por una travesura de muchachos... (Recordando a ISABEL en son de zumba sus propias palabras.)

ISABEL. -¿Qué?

QUICA. -En que después de todo la responsabilidad no es sólo de Luis. Adelica ha sido siempre una muchacha un poco ligera...

ISABEL. -¡Quica!

QUICA. -Y usted debió haberla educado con más severidad.

ISABEL. -(¡Qué tormento!)

QUICA. -Conque... ¡Pata! (Vase.)

#### *ESCENA VI*

ISABEL y BALTASAR.

ISABEL. -¡Baltasar! (Sollozando.)

BALTASAR. -Es triste, pero lógico. Cuando hay cambio de papeles es preciso soportar las consecuencias de la situación dramática.

ISABEL. -(Sujetándose la cabeza.) Siento aquí una mezcla confusa de odio, de perdón; de envilecimiento, de cariño. Cuando reflexiono que los esfuerzos de toda la existencia de una madre, de quien no ha recibido sino ejemplos de virtud, se han ido a estrellar contra las sonrisas de un extraño -a quien ha dado el derecho de pisotearla sin haber como yo velado su agonía, dirigido su inteligencia, cultivado su corazón. Siento algo así como celos y envidia que no deja paso en mi alma más que al sutil veneno del enojo. Pero al recordarla a mis pies, pálida como un cadáver, buscando en mi apoyo alivio a lo que yo juzgué la pérdida de una ilusión, y era el peso de una falta, llorando casi niña un dolor que exige la fortaleza de una mujer, la clemencia reclama su imperio y acaba por sobreponerse a todo; porque... (Enternecida.) cuanto más desgraciada la miro, más hija mía me parece.

BALTASAR. -¡Pobre Isabel! Por Dios, que Concha no se aperciba.

ISABEL. -Sería marchitar su inocencia. ¿Pero qué resolución tomar? ¡Porque hay que hacer algo por esa desventurada! ¡Qué arcanos los de la naturaleza! Delinque una hija y es la madre ofendida la que más se afana por su redención...

BALTASAR. -Concha viene; ¡seca tus lágrimas!

ISABEL. -¡Qué feliz eres, Baltasar!

#### *ESCENA VII*

DICHOS y CONCHA.

CONCHA. -¿No hay nadie con vosotros?

BALTASAR. -No.

CONCHA. -Entonces la ocasión es oportuna.

ISABEL. -¿Traes alguna nueva?

CONCHA. -Sí; pero esta vez no es dolorosa. Diríase que la Providencia, que me eligió para el daño, me reserva ahora para la compensación.

ISABEL. -¿Qué es ello?

CONCHA. -Antes prepárate, porque también matan las grandes alegrías.

BALTASAR. -(La presiento.)

CONCHA. -(Con mimo a ISABEL.) Ya no se llora más; se acabaron las aflicciones.

ISABEL. -Sí.

CONCHA. -¡El azar te ha despojado de una fortuna! El cariño viene a ofrecerte otra. Adela perdió, felizmente, un amor interesado, y Dios lo envía un marido modelo de abnegación.

ISABEL. -Pero... ¿qué dices?

BALTASAR. -(¡Hija de mi alma!)

CONCHA. -(Con júbilo mezclado de un resto de pasada amargura, que se trasluce cada vez que acentúa más su sacrificio.) Que, sin perjuicio de confirmar el acto con la solemnidad debida, tengo la satisfacción inmensa de pedirte la mano de mi prima para Eugenio.

ISABEL. -(Mirando a BALTASAR.) ¿Para Eugenio?

CONCHA. -¡Sí!

ISABEL. -(Aparte a BALTASAR con pena.) (¡En qué circunstancias!)

BALTASAR. -(Aparte a ISABEL.) (El destino se divierte a veces en burlarse de la humanidad.)

ISABEL. -Concha...

CONCHA. -No me arguyas, porque no tienes ninguna razón valedera que oponer.

ISABEL. -Varias.

CONCHA. -A ver una.

ISABEL. -En primer lugar que tú le amas.

CONCHA. -¿Ya volvemos a la manía? Eso no es verdad.

BALTASAR. -¡Cuidado! No se miente.

CONCHA. -¿Queréis que así sea? Bueno; pero voy a demostraros que poseo más lógica que vosotros. Suponiendo que mi afecto le perteneciese ¿había de ser obstáculo para la felicidad de Adela el que yo le amase, si él no me ama a mí?...

BALTASAR e ISABEL. -¡Ah!

CONCHA. -Ya veis que vuestra causa está perdida. (De cuando en cuando se cruzan miradas significativas entre ISABEL y BALTASAR.)

ISABEL. -Además, el asentimiento en nuestras circunstancias tendría las apariencias de una especulación.

CONCHA. -Lo mismo se le ocurre a él. Teme solicitar el cariño de Adela, por si alguien presume que lo compra. Pero yo que leo en el alma de todos, dirimo el asunto y a ti no te toca más que decir amén.

ISABEL. -(¡Qué hermosa es la inocencia!) (Aparte a BALTASAR.)

BALTASAR. -(Ídem a ella.) (¡Y qué poca recompensa alcanza!)

CONCHA. -Conque... ¿estamos de acuerdo?

ISABEL. -No insistas.

CONCHA. -¡Qué obstinación!

ISABEL. -Concha, yo doy por sentado que Eugenio la quiere.

CONCHA. -Mucho.

ISABEL. -Pero mi hija está aún bajo la influencia de su... aflicción, y no es posible que, aunque alcance a agradecerlo, se resuelva a aceptar el porvenir que se la ofrece.

CONCHA. -¡Pues esa objeción sí que es de peso! ¿Me hubiera hecho yo cargo de la embajada sin la conformidad de los poderdantes?

ISABEL y BALTASAR. -¿Cómo? (Con extrañeza.)

CONCHA. -Necesito que me perdonéis, porque se trata de un verdadero complot.

ISABEL. -Habla.

CONCHA. -El mismo día de la ruptura de Luis, Eugenio me acababa de confiar sus cuitas. La comparación entre aquellos dos hombres, todo cálculo y maldad el uno, nobleza y honradez el otro, me impresionó tan hondamente que, en lugar de asociarme al dolor de mi prima, le escribí una carta dándole la más calurosa enhorabuena por el oportuno desenlace de su situación.

ISABEL. -¿Sí?

CONCHA. -Entonces, con una habilidad... de que no me creía susceptible, empecé por exponerle los méritos de mi protegido; seguí patentizándole, en el concepto de una suposición, la diversa suerte que le esperaba de haber encaminado sus inclinaciones de aquella parte. «¿Quién sabe,» me atreví a aventurar, «si una mano generosa no podría convertir aun en risueños tus nublados horizontes?» Y aquí indicando tímidamente la aspiración de Eugenio, acentuándola un poco después, desarrollando por último, en toda su magnitud el cuadro de su pasión correspondida; de párrafo en párrafo, de pliego en pliego, acabé por producir una obra tan elocuente, que, según confesión de Adela, más que en el afán de la ajena dicha parecía haber bebido la inspiración en mis propios sentimientos.

BALTASAR. -(¡Corazón de oro!)

ISABEL. -¿Y ella te contesta? (Temerosa.)

CONCHA. -No en seguida. Necesitaba reflexionar.

ISABEL. -(Temiendo descubrir en su hija una veleidad punible.) ¿Y qué dijo?

CONCHA. -Se felicitó conmigo de su desengaño; hizo, como yo presumía, el elogio de las virtudes de Eugenio; pero objetaba que con la desaparición de sus bienes y ante la conducta de su prometido, un deber de delicadeza le aconsejaba declinar tamaña honra así por respeto a su afección perdida como por decoro a su pobreza.

ISABEL. -(A BALTASAR con satisfacción.) (¡Ah! ¡Todavía tiene dignidad!)

CONCHA. -Por fortuna la índole confidencial de la carta, lo arrancó más espontáneas revelaciones; y depositando en mí sus íntimos pensamientos, me hizo saber con el sencillo lenguaje del candor, que había accedido a su boda con Luis, más por obedecer a tus consejos maternos que por vocación suya.

ISABEL. -¿Eh? (Bruscamente desengañada y comprendiendo el alcance de la astucia de su hija.)

CONCHA. -Que nunca le había amado realmente, mientras había sentido por Eugenio una admiración que no acertaba a explicarse, y que se consideraría la mujer más feliz si, desaparecidos los escrúpulos de su resistencia, lograba llevar alguna vez su nombre sin detrimento de la dignidad.

ISABEL. -(Indignada.) ¿Eso ha escrito mi hija?

BALTASAR. -(No te vendas.) (A ISABEL.)

CONCHA. -Inútil es añadir, que en cuanto recibí su confesión se la comuniqué a Eugenio; quién, ebrio de alegría, corrió en busca de Adela, oyó de sus labios la confirmación de sus esperanzas, y hoy mismo... va a venir a pedírtela por mujer.

ISABEL. -(Tomando una resolución.) Concha. Déjame a solas con tu padre.

CONCHA. -¿Quieres reflexionar? Enhorabuena; pero la solución está prevista.

ISABEL. -¡Oh! Eso...

CONCHA. -Advierte que he garantido el éxito de la misión.

BALTASAR. -No te obstines.

CONCHA. -(A ISABEL.) Déjame pagaros del único modo que puedo los beneficios que nos concedéis.

ISABEL. -(Besándola.) ¡Ángel bueno! Anda, anda.

CONCHA. -(¡Dios mío! Ahora ya no me exijas más: he traspuesto el límite de mis fuerzas.) (Vase.)

### *ESCENA VIII*

ISABEL y BALTASAR.

ISABEL. -Pero... ¿qué monstruo tengo yo por hija?

BALTASAR. -No; no te mima la suerte.

ISABEL. -¿Cómo se alberga tanta doblez en un corazón tan tierno? ¿Quién le ha enseñado a vestir de júbilo el semblante cuando lleva de luto el alma? ¡Si me confundo! ¡Si concibo aún menos que su liviandad el aplomo con que ha mentado amor a otro hombre, sin temer que el remordimiento pudiera trocar en mueca su sonrisa ni hacerle

traición la sinceridad de la juventud! ¿Qué dominio de sí misma! ¡Qué fortaleza en sus resoluciones! ¡Qué prematura podredumbre de sentimientos!...

BALTASAR. -No te arrebatas, Isabel.

ISABEL. -Tienes razón: se interesa uno por las causas dignas; lo que no merece estimación se desprecia. ¡Pero... soy muy desgraciada!... (Rompiendo a llorar.)

BALTASAR. -Te compadezco.

ISABEL. -La he perdido para el corazón. (Recobrando su calma con una resolución violenta.) ¡Ea! que se case y que Dios la haga muy dichosa.

BALTASAR. -(Asombrado.) ¿Eh? ¿Que se case has dicho?

ISABEL. -¿Y bien?

BALTASAR. -¿Con Eugenio?

ISABEL. -Pues es claro.

BALTASAR. -¿Y tú ceñirás la corona simbólica; lo vestirás los atavíos de la virtud; imprimirás con tus labios en su frente el sello con que la madre legaliza ante el esposo la legitimidad de la pureza? Si tal haces, no tienes razón en llamar monstruo a tu hija. Llámala hija tuya.

ISABEL. -¿Pues qué quieres? ¿Que me convierta en su delator? ¿Que vaya pregonando su falta? ¿Que la separe yo misma del altar, cuando no ha de haber nadie tan osado que la acuse? Yo no sé cómo vosotros comprendéis cómo vuestro; para nosotras el deber consiste en ser madre.

BALTASAR. -Porque no se os ha de mentir ese título. Pero los que como Eugenio pueden ir a la paternidad seguidos del escarnio, tienen el derecho de exigir de las madres, no que lo parezcan, sino que lo sean.

ISABEL. -Profesas un puritanismo impropio de nuestros tiempos; hoy se es más flexible.

BALTASAR. -¿Más flexible con el hombre que se despoja de lo suyo para dároslo a vosotras, y que se complace sin retribución en la ventura ajena? Menos puritano con quien ahoga su cariño para no turbar vuestra alegría mientras os ve felices, y así que sufrís os ofrece el corazón como emisario de sus tesoros? Y aunque fuese un extraño. No, Isabel: si te resuelves a representar esa comedia, a mí que no me toque ni el papel de comparsa; porque hasta como personaje mudo puedo comprometer la situación.

ISABEL. -¿Serías capaz de vendernos?

BALTASAR. -Venderos, nunca; pero no dejarme comprar, siempre.

*ESCENA IX*

DICHOS y QUICA.

QUICA. -Aquí estoy yo.

BALTASAR. -¿Cómo?

ISABEL. -¿Usted en mi casa?

QUICA. -Y tanto.

ISABEL. -Pero...

QUICA. -No haga usted aspavientos. Aún tiene usted que agradecerme el que me haya decidido a venir dejándome la dignidad en la portería. Conque... al grano.

ISABEL. -(¡Cuánta humillación!)

QUICA. -Volvía yo en coche con mi marido del Saladero, cuando en la red de San Luis veo a Eugenio que subía en su carruaje. «Aquí tienes al reo de Estado,» le grito al pasar haciendo sacar a Roque la cabeza por la ventanilla. «Sea enhorabuena» nos contesta. Y ya estaba arrancando su tronco en dirección contraria a la de nuestra aleluya, cuando poniéndose las manos en la boca y asomándose al cristal: «Quica,» me dice; «te participo que me caso con Adela.»

ISABEL. -¡Ah!

QUICA. -Mire usted, en seguida me sentí un bochorno que me puso la cara como una amapola. Me quise bajar; pero Eugenio ya iba lejos, porque aquellas yeguas en tomando el trote hágase usted cuenta de que son un ferro-carril! Roque me lo conoció, y, vamos, como ya no tengo secretos para con él...

ISABEL. -¡Imprudente!

QUICA. -Puede usted confiar en su reserva, señora; es muy decente mi esposo, aunque me esté mal el decirlo. La noticia le montó en cólera, y poniéndose a manotear: «Esto no quedará así,» exclamó; «el trago no es para dado de frente, pero yo soy un hombre de honor y le voy a escribir un anónimo.»

BALTASAR. -¿Cómo?

ISABEL. -¡Qué infamia!

QUICA. -¡Qué! ¿podía yo calmarte? Al cabo lo conseguí prometiéndole que vendría a hablar con usted para impedir que esa boda se lleve a efecto. Conque, aquí estoy y usted dirá.

ISABEL. -Lo que digo es que no sé qué derecho se atribuyen los extraños de ingerirse en mi vida privada, pidiéndome cuentas que ni quiero ni debo dar.

QUICA. -¿Cómo? ¡Señora! ¿Pues qué?... ¿Eugenio no es casi un hijo para nosotros? Si usted casase a la muchacha con Perico el de los palotes yo me haría la muerta; porque como reza el cantar: «Cada cual cuide de sigo, tú de tigo y yo de migo.» Pero con él ni soñarlo; y si usted se obstina, hasta lo pongo en los periódicos. Es un deber de conciencia. ¿No, don Baltasar? (Éste elude la contestación.) ¿Calla usted? Me lo explico; pero quien calla otorga.

BALTASAR. -(Aparte a ella.) (Convéncete, Isabel.)

ISABEL. -¿Y de qué tengo yo que convencerme? Harto necia he sido dando crédito por un instante a insidiosas maquinaciones.

LOS DOS. -¿Cómo?

ISABEL. -Que en todo esto no hay más que un ruin espíritu de venganza, una grosera calumnia urdida para manchar nuestra reputación e impedir que mi pobre Adela disfrute del beneficio que la depara su desengaño. ¿Dónde está esa carta? No existe. Y si no, ¿por qué no se me entrega?

QUICA. -Eso quisiera usted para arrebataránosla.

ISABEL. -¿Yo?

QUICA. -Justo, porque su hija de usted es menor y, sin ese testimonio, podría jurársele una mala partida a Luis. Ya me lo ha explicado él. Pero descuide usted, que mañana es la boda; y desde el altar prometo traer aquí a mi yerno para restituir la misiva y que usted se convenza cuando nosotros no tengamos ya nada que temer.

ISABEL. -¡Egoístas!

BALTASAR. -¿Nosotros?

ISABEL. -Nadie penetra en mi situación para disculpar mi conducta. Ninguno vuelve los ojos hacia su hija para preguntarse lo que haría en mi caso. Todos evocan el deber, porque no necesitan de la clemencia. Pues bien; lucharé sola. Apelo al tribunal de las madres.

BALTASAR. -A mí no me toméis como testigo.

QUICA. -Pues yo declaro; paro en contra.

ISABEL. -¡Monstruos!

BALTASAR. -¿Tú nos acusas?

QUICA. -Y está muy persuadida de que la ofendemos.

ISABEL. -¡Quica!

QUICA. -Como en las comedias, lo mismo. En poniéndose una corona de cartón ya creen los cómicos que son reyes de verdad.

BALTASAR. -Vuelve en ti.

ISABEL. -Calla, ingrato.

BALTASAR. -¿Ingrato? (Herido.)

QUICA. -Aquí está Eugenio.

ISABEL. -(Aparte a ellos, amenazadora.) No, me obliguen ustedes a llegar hasta el heroísmo de la desesperación.

### *ESCENA X*

DICHOS y EUGENIO.

EUGENIO. -Para nadie es ya un secreto la realización de mis esperanzas; puedo por lo tanto abandonarme a la expansión delante de ustedes.

ISABEL. -En efecto... hemos sabido... (Coartada.)

QUICA. -Sí; todo.

EUGENIO. -Aguardo impaciente, señora, que dicte usted mi sentencia.

ISABEL. -(Mirando con recelo.) ¿Yo? (Vete.) (Aparte a BALTASAR.)

QUICA. -(Oyendo la frase anterior y deteniendo bruscamente a BALTASAR.) No se va.

BALTASAR. -(Aparte a QUICA.) ¡Por Dios! Va a apercibirse.)

QUICA. -(Que se aperciba.)

ISABEL. -(¡Oh!) Me parece que una cuestión tan íntima no es para tratadla delante de testigos.

EUGENIO. -¿Quién es aquí extraño a mis proyectos? Déjeme usted hacer a todo el mundo partícipe de mi alegría.

QUICA. -(¡A mí no me arrancan de este sitio; pues poco interés tengo yo!...)

EUGENIO. -¿Y bien? (A ISABEL.)

ISABEL. -En mis circunstancias es muy difícil dar a usted una contestación terminante. Recibo un alto honor con la preferencia de que hace usted objeto a mi hija... (Amenaza de QUICA y transición en ISABEL.) Pero... Adela es pobre

EUGENIO. -Así la quiero más. ¿No es rica en virtudes? (Movimiento inevitable de BALTASAR. EUGENIO se apercibe y lo dirige estas palabras de consuelo.) Perdone usted, excelente padre, el daño que le infiero a pesar mío.

QUICA. -(¿El daño? ¡Ah! Sí: su hija que está enamorada de él.)

BALTASAR. -(Aprovechando el pretexto para eludir su presencia.) Es verdad; sufro mucho y no son estos instantes para acibarados por el cuadro de ninguna aflicción.

EUGENIO. -(Deteniéndole.) Seré prudente; pero no me niegue usted su concurso.

QUICA. -Tiene razón. ¿A qué andar con rodeos? La cosa hay que ultimarla sobre el terreno. Sí o no, como Cristo nos enseña.

ISABEL. -(Enjugándose las lágrimas.) (Qué suplicio.)

EUGENIO. -¿Llora usted?

ISABEL. -¿Cómo evitarlo? Hay gente tan empedernida... Le rodean a uno tantos enemigos...

EUGENIO. -Los conozco, señora, y no valen las lágrimas que usted vierte por ellos.

TODOS. -¡Cómo!

EUGENIO. -A mí también me han alcanzado sus rigores. Pero ¿cuándo la felicidad no ha ido acompañada de la envidia?

ISABEL. -Es cierto.

EUGENIO. -Más si han pensado torcer mis inclinaciones, no han hecho sino avivarlas con el anónimo que he recibido.

TODOS. -¡Ah!

QUICA. -(No pudo contenerse Roque.)

EUGENIO. -Porque sólo la mentira se esconde para herir, y del traidor no pueden esperarse más que villanías.

QUICA. -(¡Villanías! Él que pensaba que era un rasgo de caballero...)

EUGENIO. -La virtud de Adela está por encima de todas esas ruindades a las que usted debe contestar, como yo, con la sonrisa del desprecio.

BALTASAR. -(Y a esto se le engaña...)

QUICA. -(Pobrecito.)

ISABEL. -¡Alma grande!

EUGENIO. -No; es un sentimiento de justicia. Cualquiera en mi caso haría lo propio. Pregunte usted a cuantos nos rodean. ¿No es verdad, don Baltasar, que más honrada que ella no hay ninguna?

ISABEL. -(¡Dios mío!)

BALTASAR. -Me había usted asegurado que sería clemente conmigo...

QUICA. -Pero ahora el caso es otro. No se le pide a usted más que una opinión.

ISABEL. -(¡Sierpe maldita!)

BALTASAR. -Déjenme ustedes salir. Me ahogo.

QUICA. -(Deteniéndole.) Sin hablar nunca; o tomo yo la palabra.

EUGENIO. -¡Esa obstinación!... ¿Sería usted tal vez de los que la acusan? (A BALTASAR.)

BALTASAR. -Eugenio, por piedad.

EUGENIO. -Isabel, oblíguele usted a explicarse.

ISABEL. -Yo... no comprendo...

EUGENIO. -Quica, tú que me has dado tu sangre; tú que no debes mentirme; sácame de esta horrible confusión.

BALTASAR. -Eso vale más.

EUGENIO. -¿Qué? (Volviendo al lado de BALTASAR para dar cabida al aparte de las dos mujeres.)

ISABEL. -(Aparte a QUICA.) (Si profiere usted una frase que la comprometa; si nos hace usted traición, destruyo el casamiento de Carmen con Luis.)

QUICA. -(¿Cómo?) (Aterrada.)

ISABEL. -(Siguiendo el aparte.) (Interpongo impedimento. La ley me protege. Adela es menor. Elija usted.)

QUICA. -(¡Diantre!)

BALTASAR. -Que hable ella. (Por QUICA.)

EUGENIO. -Pronto; restaña mi herida.

QUICA. -(Mucho me interesa éste; pero mi hija es primero.)

EUGENIO. -La verdad.

QUICA. -¿La verdad? Pues hombre, eso no se pregunta. Adela pasa con justicia por un modelo de perfecciones.

TODOS. -¡Ah!

BALTASAR. -¿Sueño?

QUICA. -Y el que llevase en lenguas su fama, si no es un loco, abriga de seguro miras particulares. (Me han cogido por el lado flaco. Allá ellos se las compongan.)

EUGENIO. -Gracias, señor.

BALTASAR. -(Arrebatado por el enojo y dirigiéndose a EUGENIO o ISABEL respectivamente.) ¿Y usted la cree? ¿Y tú callas? ¿Y todavía permanece muda mi conciencia? ¡Oh! No. Sobre todos los sentimientos de gratitud; sobre todas las preocupaciones sociales está el deber, está la razón, está la justicia. Y cuando se los vilipendia, cuando se los escarnece, cuando se los estrangula para que no griten, es fuerza acudir en su auxilio y rehabilitarlos, si no se quiere que la honradez acabe por ser en el mundo la vergüenza de los que la practican.

EUGENIO. -La causa está fallada en mi ánimo, y esas declamaciones sólo contribuyen a empeorar la situación de usted.

BALTASAR. -No alcanzo...

EUGENIO. -Como Quica ha dicho muy bien, únicamente un fin egoísta puede conducir a ese extremo. Y aunque a usted le disculpe su exagerado amor de padre; aunque yo haya oído de sus labios que por su hija iría usted hasta el crimen, francamente, no le creía a usted capaz de descender a ese abismo.

BALTASAR. -¿Que yo le separo a usted de Adela para atraerlo a Concha? ¿Pero es esto posible? ¿Es real el espectáculo a que asisto? El amor sacándose los ojos para no ver la evidencia; el verdugo convirtiéndose en víctima; la impostura poniéndole a traición a la rectitud el disfraz del crimen para que se la confunda por la espalda. Pues bien; mírenme ustedes de frente; reconózcanme; soy yo. Y acuso sabiendo que corro a la miseria; y delato ante mí hija moribunda, porque ni el hambre ni la muerte han de obligarme jamás a hacer pactos con la deshonra.

EUGENIO. -¡Esa convicción!... (Titubeando en su fe.)

BALTASAR. -Mentida. Soy un ingrato.

EUGENIO. -¿Ese enojo?

BALTASAR. -Fingido. Aquí no hay más que un impostor.

EUGENIO. -Pero...

ISABEL. -(Con aires de dignidad.) ¡Eugenio! ¿Se atreve usted a sus pechar?

EUGENIO. -Señora...

ISABEL. -Basta. Es usted indigno de mi hija. Ahora yo se la niego a usted.

BALTASAR. -¡Cómo espolea su deseo!

EUGENIO. -¡Oh! ¡No! (Suplicante.)

QUICA. -(Aparte a EUGENIO.) (Si hasta el anónimo es obra suya.)

EUGENIO. -Perdón, Isabel, perdón; ya no dudo.

BALTASAR. -(Fuera de sí.) Artistas del egoísmo; farsantes de la conveniencia; cómicos del inmundo yo: representad vuestro papel; desprecio vuestros oropeles, me burlo de vuestro talco, pisoteo vuestra guardarropía y os escupo a la cara envuelto en los harapos sin ficción de mi decencia.

ISABEL. -(Siento que el valor me abandona.)

*ESCENA XI*

DICHOS y CONCHA.

CONCHA. -¡Padre!... ¿Esos gritos?

BALTASAR. -Alma mía; salgamos de aquí.

CONCHA. -¿Por qué?

EUGENIO. -Se mancilla la honra de Adela. (A CONCHA.)

CONCHA. -(Horrorizada.) ¡Jesús! ¿Y quién es el infame que así la ultraja?

QUICA. -Su padre de usted.

CONCHA. -¿Tú? (Anonadada.)

EUGENIO. -Hasta su propia hija le vende.

BALTASAR. -(Abrazando a CONCHA.) ¿Y qué entiende ella de vicios si es toda bondad; y la virtud es como el sol, que no puede saber lo que son tinieblas, porque en cuanto las toca se le vuelven luz?

TODOS. -¡Ah!

EUGENIO. -Isabel, concluyamos.

ISABEL. -(Conmovida y vencida por la situación.) Sí, concluyamos. (No puedo más.) Adela no será nunca la esposa de usted. (Pausa.)

EUGENIO. -(Tras una resolución.) Entonces yo sé lo que hacer me toca. Adiós. (Vase.)

ISABEL. -(A BALTASAR.) ¡Ya estarás satisfecho! ¡Oh! No tienes entrañas. (Vase.)

QUICA. -Es usted de piedra. (La sigue.)

*ESCENA XII*

CONCHA y BALTASAR.

BALTASAR. -¿Y las tenéis vosotros, miserables reptiles que no vomitáis más que veneno, y a quienes hay que aplastar la cabeza para librar al mundo de vuestra ponzoña?

CONCHA. -Cálmate.

BALTASAR. -¿Y le hacéis cargos al hombre que lleva la agonía en el alma, el infierno en la frente y la desesperación en los brazos? (Por su hija a quien estrecha convulsivamente.)

CONCHA. -(Suplicante y pasándole la mano por la frente como si quisiera evitarle la locura.) ¡Padre mío! Serénate. Si no por ellos por mí...

BALTASAR. -(Rehaciéndose brusca transición inspirada en el cariño de su hija.) ¿Por ti? Ya estoy tranquilo. Tienes razón. Todo eso no es más que una comedia. ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Los actores; que salgan!... (Queda aplaudiendo frenéticamente como si asistiera a un éxito teatral, mientras su hija cae a sus pies, abrazándole las rodillas.)

## ACTO TERCERO

La misma decoración.

### ESCENA I

ISABEL mirando por el balcón.

ISABEL. -Es la comitiva que llega a la iglesia. ¡Hasta la casualidad me pone el templo delante, para que vea cómo se derrumba el último baluarte de mis esperanzas! Ni un amigo de Luis entre los pocos convidados que se apean de los coches. ¡Qué alegría tan vergonzante! ¡Qué sello de especulación! Más que una fiesta parece eso un mercado. ¡Ah! Quica me ha visto; me hace señas... ¡Insolente! Me desafía con su triunfo; insulta mi desgracia... La desprecio. (Retirándose del balcón.) Sí: pero su bija reconquistará el prestigio, mientras la mía apenas si entre las carcajadas de la multitud podrá recoger, como limosna, alguna mirada de compasión. ¡Pobre Adela! (Viendo a BALTASAR.) ¡Ah! ¿Por fin te dejas ver?

### ESCENA II

ISABEL, BALTASAR.

BALTASAR. -No he querido turbar tus reflexiones hasta que la serenidad se restableciera tu espíritu y estuvieras en disposición de oírme antes de separarnos.

ISABEL. -¡Separarnos! ¿Qué dices? Cuando más necesidad tengo de tu apoyo, cuándo con mayor empeño busco tu fortaleza para proseguir la obra de mi redención ¿pretendes abandonarme? ¡Ven, ven aquí y escucha con benignidad las expansiones de mi alma! (Se sientan.)

BALTASAR. -Primero, déjeme pedirte perdón, Isabel.

ISABEL. -¿Tú?

BALTASAR. -¿Te sorprende?

ISABEL. -La razón, la justicia arrojándose a los pies de... de una madre, a quien solo ese título puede justificar.

BALTASAR. -Pero es que yo... no estoy seguro de mí.

ISABEL. -¿Cómo?

BALTASAR. -Sufro crueles tormentos. Cada vez que se reproduce en mi memoria la escena de ayer, dudo si esa madre alucinada, su fementida cómplice y el hombre, honrado, juguete de maquinaciones tan horribles, me da derecho a atropellar los deberes de la gratitud y a desatender los vínculos de la familia. Sin embargo, la voz de mi conciencia acaba por triunfar, y cien veces que me encontrara en el mismo caso, arrancaría a la víctima inocente de las garras del deshonor. Pero entre los ruidosos aplausos que mi propia satisfacción me procura, descuella de repente la acusación de Eugenio, señalándome como un padre frío y calculador que cubre con el manto de la dignidad los números que traza con la conveniencia. Entonces pienso en mi hija, me miro por dentro y me pregunto si allá, en el fondo de mi conducta, no habrá un germen de egoísmo escondido traidoramente en algún pliegue del corazón. Y tengo miedo de mí; porque también en el escenario de la vida hay como en el teatro meritorios del arte, que trabajan sin sueldo creyéndose sacerdotes de un numen, cuando en realidad y sin sospecharlo sólo son tímidos aspirantes a una contrata ventajosa.

ISABEL. -No Baltasar. No tienes por qué arrepentirte de un proceder que, acaso por lo violento, ha extirpado más heroicamente el cáncer que me corroía.

BALTASAR. -¡Qué consuelo me prestan tus palabras!

ISABEL. -Supuse que mi condición de madre me autorizaba a todo. Puedo jurarte que hice el mal, persuadida de que practicaba una virtud impuesta por la naturaleza. Por eso desafié tus iras y me defendí de ti como de un monstruo. Pero apenas ante mí amenaza vi aquella mujer plegarse a mis exigencias, posponer el decoro a la utilidad y, revolcándose en la abyección, reducir su altivez a encerrarse en el molde de mi capricho, me juzgué tan

miserable juzgándome su cómplice, que así como ciertos cuerpos rebotan por la altura de que se desprenden, yo no he salido indudablemente del abismo, sino por el propio impulso de mi caída.

BALTASAR. -Bien, Isabel, bien. La virtud muchas veces se extravía, porque no tiene quien le enseñe el camino.

ISABEL. -¡Si supieras qué satisfacción experimento sobre no haber cambiado en nada mi situación!... No soy feliz; pero estoy tranquila. Pretextaré algo para desahuciar a Eugenio, y si no logro convencerle, le diré la verdad al oído; que no he de ser yo criminal porque mi hija haya dejado de ser buena.

BALTASAR. -¡Ojalá hubieras pensado así antes!

ISABEL. -No se adquiere la razón sino a costa de errores; hay que tocar el ejemplo para convencerse. Hace poco he asistido a un espectáculo que... (Levantándose y yendo al balcón con BALTASAR.) Sí; tú mismo puedes juzgar de él. Mira, es la ceremonia que concluye.

BALTASAR. -Diríase el entierro de la decencia presidido por el espíritu de la prevaricación.

ISABEL. -¡Y yo he estado a punto de provocar un acto semejante! ¡Qué vergüenza!

BALTASAR. -Imagínate a tu hija paseando como un insulto su corona de azahar, no ceñida a la sien por el derecho del símbolo, sino pegada a la fuerza sobre la mancha de barro de su frente. Supón a aquel hombre, todo credulidad y honradez, despojando del falso velo del pudor a su compañera entre las carcajadas comprimidas de una multitud que, no viendo el producto de su criminal silencio en la ignorancia ajena, la celebra sin apercibirse estulta de que se está riendo de su propio delito. Y allá, en el fondo, una mujer que impasible respondo con frisos halagüeñas, dictadas por la ficción, a los epigramas sangrientos de los iniciados; que paga con una lágrima de carnavalesca gratitud las felicitaciones de la sinceridad; que premia la falta de la culpable con el pecado de la mentira; y que, mientras para justificar su conducta enseña al mundo con una mano su legítimo título de madre, está con la otra falsificando un testimonio de paternidad al hombre en cuyos brazos se arroja para, sarcásticamente, apellidarle hijo suyo...

ISABEL. -¡Oh! ¡Calla!

BALTASAR. -¿Qué prefieres?

ISABEL. -Que tú me guíes.

BALTASAR. -La línea recta es monótona, inflexible, dura; pero es la que conduce al bien por el camino más corto. Oigámosla. (Se abrazan.)

*ESCENA III*

DICHOS, CONCHA.

CONCHA. -¡Cómo! ¿Abrazados? (Con alegría.)

ISABEL. -Ya lo ves.

CONCHA. -¿Habéis hecho las paces?

BALTASAR. -Eternas.

CONCHA. -¿Y ya no nos vamos de aquí?

ISABEL. -¡Oh! ¡Nunca!

CONCHA. -¡Qué gusto! Yo que venía tan triste a darte mi adiós. Déjame que te bese. No sé las causas que hayan podido motivar vuestro enojo.

BALTASAR. -Ni trates de inquirirlas.

CONCHA. -Pero abrigaba el presentimiento de que no es atreveríais a romper los vínculos de toda una existencia. De modo que Eugenio se casará...

ISABEL. - Contigo.

LOS DOS. -¿Qué?

ISABEL. -Poco he de poder si no logro que sus ojos se abran a la luz y su corazón al cariño.

CONCHA. -Si es a Adela a quien él ama.

ISABEL. -Yo le haré que ame la virtud.

BALTASAR. -Isabel, advierte...

ISABEL. -Ha sonado la hora de las recompensas.

CONCHA. -Y yo no le quiero...

BALTASAR. -(¡Hija mía!)

ISABEL. -Ya le irás cobrando estimación. Anda, restitúyelo todo a su primitivo estado; que no haya alteraciones que me recuerden lo que quisiera desterrar de mi memoria, y... confía en mí; que nada es tan agradecido como la salud después de haber pasado por las agonías de la muerte.

CONCHA. -Yo te convenceré.

ISABEL. -En otra ocasión; ahora déjanos solos.

CONCHA. -(¡Pobre Eugenio!) (Vase.)

ISABEL. -¡Bendita criatura!

BALTASAR. -¿Tú has pensado?...

ISABEL. -He pensado que si existen hombres con la energía suficiente para gritarle a la sociedad: «Aquí hay un escollo,» debe haber mujeres con la equidad necesaria para decirle al mundo que corre ciego: «Alto, no la pises, coge esa perla.»

BALTASAR. -¡Isabel! (Conmovido.)

ISABEL. -¡No me pidas cuenta; te debo aún tanto!...

#### *ESCENA IV*

ISABEL, BALTASAR, QUICA y LUIS.

QUICA. -(Obligando a entrar a LUIS.) Nada, nada; lo prometido es deuda. Conque... vamos adentro.

ISABEL. -(Aparte a BALTASAR.) (¡Otra vez esa chusma!)

BALTASAR. -(Ídem a ISABEL.) (Repórtate.)

QUICA. - No quería venir; pero lo he recordado su promesa y la mía, y le he dicho: «Mira, Luis, que al hombre por la palabra... ¿Hay que devolver ese papel? Pues andando.»

LUIS. -Sólo el cumplimiento de un deber... (Justificando su presencia.)

ISABEL. -(Interrumpiéndole.) Seamos breves.

QUICA. -No es de falta de brevedad de lo que ha pecado este asunto; hasta en la ceremonia tenía prisa el cura. Nos ha leído una epístola que, aunque yo no entiendo latín,

apuesto algo a que la traducción es ésta: «Señores; San Pablo dice que ya están ustedes despachados.» Porque... acaba de efectuarse el casamiento.

ISABEL. -Sí; ya sé.

QUICA. -Es verdad, que estaba usted en el balcón.

ISABEL. -Justo.

QUICA. -Y la he saludado a usted.

ISABEL. - Y yo no he respondido.

QUICA. -También es cierto; pero por eso no ha dejado de casarse mi hija en San Sebastián y en la capilla de los cómicos.

BALTASAR. -Para que el símbolo sea completo.

QUICA. -¿Qué?

BALTASAR. -No haga usted caso.

QUICA. -Conque al volver a casa, como vivimos tan cerca, mientras Carmen se quita los perifollos... -porque no hay más que la familia a almorzar-, le he dicho a éste lo que ya he dicho; y, aunque se resistía, aquí estamos para que, como es justo, lo pida a usted perdón.

ISABEL. -Yo le eximo de esa formalidad. Acabemos. (Con repugnancia.)

BALTASAR. -Sí; no le robe usted los instantes. Para este señor el tiempo es oro.

LUIS. -Si las frases de usted envuelven una maliciosa intención, yo las desprecio, como desprecio la fortuna de que me supone usted esclavo; y lástima tan sólo me inspira, por la mezquindad de sus sentimientos, el que es capaz de confundir los deberes de la conciencia con las satisfacciones del egoísmo.

BALTASAR. -A mí me es igual. Usted dispense.

QUICA. -Bien, Luisico, bien. ¡Con qué orgullo te oigo expresarte de ese modo! Me estaba haciendo falta una ocasión así para desahogar mi corazón. (Guiñando el ojo a ISABEL.)

ISABEL. -(¿Eh?)

LUIS. -Si se ve mi esposa rica por un azar de la suerte, no es en verdad su oro el que ha comprado mi cariño; y si pobre la amé, pobre la hubiera llevado al altar con la misma convicción.

ISABEL. -(¡Qué audacia!)

QUICA. -(Con ironía.) Esto se llama un hombre. Pues... nada, hijo mío, que no te mortifique esa espina. Puedes presentarte ante el mundo con la cabeza muy levantada sin que tan negra nube empañe tu felicidad; porque... sin rodeos: Carmen no tiene un cuarto.

TODOS. ¿Cómo?

LUIS. -No me explico... (Atónito.)

QUICA. -No cuenta más que con la posición que tú le procures con tu trabajo; porque los diez millones volaverunt.

BALTASAR. -¿Algún error de guarismo?

QUICA. -No señor; el mismo de la tablilla.

ISABEL. -¿Entonces?...

QUICA. -Que al marcharse a Valladolid don Timoteo, el agente de Bolsa, le dejó a Roque el encargo de comprarle el billete y avisarle el número. Yo, que no lo sabía, lo tomé (Guiñando de nuevo el ojo a ISABEL y BALTASAR.) inocentemente por nuestro... y... vamos, que no se ha hecho la miel para la boca... ¡Ay, Jesús! ¡Qué cosas le hace decir a una la desesperación!

ISABEL. -(Aparte a QUICA.) (¡Ah! ¡Entiendo!)

QUICA. -(Aparte a ISABEL.) Ya estamos vengadas.

BALTASAR. -¡Justicia de Dios!

LUIS. -(Aturdido.) ¿Pero Roque no la previno a usted?...

QUICA. -¿Antes de la boda? Pues ya lo creo; tu padre político es muy honrado y quería contártelo todo; pero el pobre no anda muy fuerte en delicadezas ni finuras. Y yo que en este punto tengo más alcances, le dije: «Aquí lo que conviene es callar, porque una de dos; o el chico se casa con la muchacha porque la quiere, en cuyo supuesto lo mismo le da pobre que rica, o solo se une a ella por... cumplir como una persona decente; y en tal caso puede arrepentirse y retroceder. Ahora bien; si tú le declaras que el premio gordo se ha evaporado, es poner a Luis, tan caballero, tan digno, tan meticoloso, en el trance de casarse con nuestra hija sin amarla, sólo porque no le echen en cara que la abandona en la pobreza.» Y efectivamente, le convencí y me felicito da ello; porque estoy segura de que has de profesar a Carmen un afecto mucho más profundo, altera que esos millones ya no lo sirven de estorbo a tu proverbial hidalguía.

LUIS. -(¡Oh!)

QUICA. -Anda, hijo mío, anda a ver a tu mujercita que estará impaciente.

LUIS. -Si... voy. (Petrificado.)

QUICA. -Y no te apures por el porvenir; la lonja de ultramarinos no me ha de faltar; ya me ha autorizado don Timoteo a que alquile la tienda; de modo que tú comerás más barato que nadie en Madrid; porque, como puedes suponer, tu suegra te dará los comestibles a precio de factura; es decir, si pagas al contado: el crédito se acabó. Pero vete, hombre, vete, que no pareces un marido acabado de sacar del horno. Ahora mismo te sigo yo. (Empujándolo hasta la puerta.)

LUIS. -(¡Miserables!) (Vase.)

### *ESCENA V*

DICHOS, menos LUIS.

ISABEL. -(A BALTASAR.) ¡Qué lección tan dura!

BALTASAR. -¡Y qué merecida!

QUICA. -Ya se habrá usted convencido, señora, de que no es tan malo lo que hay aquí dentro. (Por el corazón.) Y en cuanto a comedias, don Baltasar, convengo en que no sirvo para dama matrona; pero, vaya, que en las características, aún consigo hacerme aplaudir.

BALTASAR. -Sobre todo, cuando la representaciones a beneficio de usted.

ISABEL. -Pero ese hombre se ha ido, y la carta...

BALTASAR. -Es verdad, no la ha dado.

QUICA. -Pues poco infierno lleva él en la cabeza para pensar en otra rosa que en las pesetas, en los duros, y hasta en las latas de salmón y frascos de pepinillos que entran en diez millones de reales. Descuide usted, que yo se, la pediré. (EUGENIO entra.)

ISABEL. -¿Quién?

QUICA. -Eugenio.

TODOS. -¡Ah!

### *ESCENA VI*

DICHOS, EUGENIO.

EUGENIO. -(A ISABEL.) ¿Puedo merecer de usted unos minutos de audiencia?

QUICA. -¿Reservada? (Tratando de irse, cuyo movimiento secunda a BALTASAR.)

EUGENIO. -Al contrario. (Deteniéndose.) Necesito que me oigan cuantos asistieron a la escena de ayer: unos para que me justifiquen; otros para que sepan que no les guardo rencor; todos para que me perdonen en lo que les haya ofendido. (Se sientan a una indicación de ISABEL. QUICA hace lo mismo; pero se acuerda de su posición y se levanta.)

QUICA. -(¡Ay! No. Yo vuelvo a viajar en tercera. clase.)

ISABEL. -(¡Quédate, te lo ruego!) (A BALTASAR.)

BALTASAR. -(¡Sea por ti!)

EUGENIO. -¿El hombre, señora, no se resuelve tan fácilmente a prescindir de la felicidad cuando se ha forjado la ilusión de poseerla. Así pues, no le cause a usted extrañeza si vuelvo a insistir en la demanda. ¿Ha reflexionado usted con detenimiento sobre las consecuencias de su negativa? ¿Debo esperar que revoque usted la sentencia que ayer fulminó sobre mí? Dígnese usted responderme como si se hablara a sí misma.

ISABEL. -Eugenio, mi hija no será, nunca la esposa de usted.

QUICA. -(Aparte a BALTASAR.) (¿Se ha arrepentido? ¡Es natural; si lo que ella se proponía no se hace entre cristianos!)

BALTASAR. -(Aparte a QUICA.) (¡Calle la hereje, que tiene el tejado de vidrio!)

QUICA. -(Éste siempre da en el blanco.)

EUGENIO. -Pero, Isabel, usted no puede, por un sentimiento de delicadeza, por una preocupación injustificada, destruir la suerte de su hija. ¿Si mañana le pide a usted cuentas?...

ISABEL. -Se las daré.

EUGENIO. -Si es un castigo que usted me, inflige por haberme hecho, en un instante de alucinación, el eco de malévolas sugerencias, tanto rigor me parece excesivo.

ISABEL. -Es una decisión en la que todo influye, y que nada conseguirá torcer.

EUGENIO. -Es usted implacable. Pues bien, ya que no hay manera de atenuar a sus ojos mi desesperada resolución, yo acudo al tribunal de la clemencia, ante el cual, y sin más defensor que mi honradez, me presenta espontáneamente reo convicto.

ISABEL. -¿Usted? ¿De qué crimen? (Levantándose.)

EUGENIO. -Del de rebelión.

TODOS. -¿Cómo?

QUICA. -(¿A que la ha sacado por justicia? No puede; es menor.)

EUGENIO. -Faltábame el tiempo ayer para volar en busca de Adela y exponerle los tormentos que había sufrido mi alma. Al ver su llanto, su desesperación, la elocuente sinceridad de sus protestas de cariño, comprendí el sacrificio que usted se imponía, rechazando mi fortuna por decoro a su pobreza, y resolví que mi propia mano adjudicase el premio a tamaña abnegación.

ISABEL. -¿El premio? ¿Cuál?

EUGENIO. -Esta mañana hemos ido a orar juntos en la iglesia. Allí le hemos pedido a Dios que iluminara nuestro entendimiento, que fortificase nuestra fe, que protegiese nuestra voluntad. Y en el momento en que el sacerdote hacía descender su bendición sobre los fieles, nosotros la hemos recibido de rodillas a sus pies, consagrando con nuestro juramento una unión que es ya eterna ante la ley divina e indisoluble para la justicia humana.

ISABEL. -¡Jesús! ¡Qué horror! (Cayendo en una silla y cubriéndose el rostro con las manos.)

BALTASAR. -(Auxiliándola.) ¡Isabel!

QUICA. -(Aparte a BALTASAR.) (¡Este es el mundo!)

BALTASAR. -(Aparte a QUICA.) (No; este es el desenlace.) (Todos quedan consternados.)

EUGENIO. -Encuentro mi delito monstruoso: pero el corazón de una madre no se agota nunca para el perdón. Desde el altar vengo a implorar el mío. Mis labios no se han posado aún sobre la frente de la esposa, para dejarle a usted el santo privilegio de besar por última vez a la hija.

ISABEL. -¡Ven, Baltasar, sácame de aquí! ¡Yo me muero! (ISABEL se apoya en BALTASAR y en QUICA.)

QUICA. -Apóyese usted en mi brazo.

BALTASAR. -(Aparte a ISABEL.) (¡Ten fortaleza!)

EUGENIO. -¡Madre mía! (Queriendo besarle la mano.)

ISABEL. -¡Ah! Eso... yo. (Rechazándola y besando la de EUGENIO.)

EUGENIO. -(Conmovido.) ¿Qué?

BALTASAR. -Vamos. (Vanse los tres.)

EUGENIO. -Sí; me otorga su gracia. Ese beso en mi mano significa que la gratitud se sobrepone al cabo al enojo. Dios es justo con los que proceden bien.

### *ESCENA VII*

EUGENIO, CONCHA, inquieta y con las huellas del sufrimiento en el semblante.

CONCHA. -¿Solo?

EUGENIO. -Sí.

CONCHA. -¿No nos oirán?

EUGENIO. -Concha ¿qué emoción es ésa que la embarga a usted?

CONCHA. -La que experimenta el delincuente cuando se queda solo con su conciencia.

EUGENIO. -¿Y qué daño puede haber inferido a nadie usted que es la bondad misma?

CONCHA. -¡Oh! Sí, muy grande. ¿Pero no es cierto que toda falta encuentra disculpa cuando se comete para producir un bien? Porque mi fin es laudable, mi intención digna. Pongo al cielo por testigo.

EUGENIO. -¡Vamos! Calma, y ábrame usted su corazón, si me juzga digno de ello.

CONCHA. -Si es usted a quien busco.

EUGENIO. -Hable usted.

CONCHA. -Hace un momento me hallaba yo en mi cuarto sumida en muy hondas reflexiones; Luis pasó por delante de la ventana sin apercibirte de mi presencia, y al

llegar al extremo de la galería, le vi hablando con el criado en un tono tan confidencial, que me inspiró recelos. Por fin traspuso la puerta, y: «Toma» le dijo dándole un papel con mal reprimida cólera. «Devuélvele esto a tu ama.» Desapareció; pero el criado, creyéndose sin testigos, se permitió leerlo, -no estaba cerrado-, entre sonrisas y gestos de asombro. Entonces la indignación me puso delante de él; y arrebatándole la carta, lo mandé retirarse afeándole su conducta.

EUGENIO. -Bien hecho.

CONCHA. -Sí; pero lo que sigue destruye el mérito de mi obra. La carta no era para Isabel.

EUGENIO. -¡Ah!

CONCHA. -Venía dirigida a Luis por Adela.

EUGENIO. -¿Por Adela?

CONCHA. -Y... ¡Dios mío!... ¡Qué caro se paga un mal proceder! Acudí a mi memoria la acusación de mi padre, el amor de usted por mi prima, la bajeza de aquel hombre; y luchando entre mi deber y el deseo de saber la verdad en beneficio de todos... la leí. Esto es inicuo: y sin embargo, yo no quería hacer daño a nadie; ¡lo juro! (Sollozando.)

EUGENIO. -En suma... (Inquieto.)

CONCHA. -Eugenio, usted no puede imaginar el dolor tan agudo que se siente al ver rasgado el velo de su inocencia por una mano amiga.

EUGENIO. -¡Concita, no entiendo!... ¡Por favor! (Con zozobra creciente.)

CONCHA. - Yo no he de ser nunca su mujer de usted... (Convulsa y como justificando su determinación.)

EUGENIO. -¿Cómo?

CONCHA. -No es posible por lo tanto que atribuya usted a mis palabras ni una intención egoísta, ni un propósito interesado...

EUGENIO. -¡Jamás!

CONCHA. -Porque... no le amo a usted.

EUGENIO. -Adelante. (Con ansiedad febril.)

CONCHA. -¡Pero anhelo su felicidad como la mía propia; y mi nombre de la justicia, en descargo de mi conciencia, en merecido tributo a su honradez, caigo aquí a sus plantas

suplicándole por lo que haya para usted de más sagrado, por la bendita memoria de su madre, que no se case usted nunca con Adela!

EUGENIO. -¿Por qué? ¡Pronto! (Delirante.)

CONCHA. -Porque es una mujer envilecida.

EUGENIO. -¡Jesús! (Tapándose la cara con las manos.)

CONCHA. -(Haciendo lo mismo.) ¡Ella delinque, y la vergüenza es para nosotros!

EUGENIO. -Las pruebas... ¡Esa carta!

CONCHA. -¿La romperá usted luego?

EUGENIO. -Sí. (En este instante aparece BALTASAR y queda escuchando.)

CONCHA. -Júreme usted que no se lo dirá a nadie.

EUGENIO. -Lo juro. Venga.

CONCHA. -Aquí está. (Dándosela. EUGENIO la lee como su sentencia de muerte.)

EUGENIO. -¡Arde en mis manos!

CONCHA. -Le enveneno a usted el alma; pero es preferible que excrete usted a Adela, hija indigna, a que no pueda perdonarla esposa culpable.

EUGENIO. -(Abatido.) ¡No deja duda mi deshonra!

CONCHA. -¿Su deshonra?

### *ESCENA VIII*

DICHOS, BALTASAR.

BALTASAR. -(A su hija.) ¡Desgraciada! ¿Qué has hecho? Eugenio es su marido.

CONCHA. -¡Él! (Trata de lanzar un suspiro; pero no puede producir más que una aspiración, y cae desplomada sobre su padre con la boca abierta y los ojos fijos y abiertos como la sorprendió la muerte.)

BALTASAR. -¿Qué es esto? ¡Concha! (Llevándola a un sillón.) No responde.

EUGENIO. -¿Se ha desmayado?

BALTASAR. -No... ¡Sé ha muerto! (Con el espanto de la sorpresa.)

EUGENIO. -¿Qué?

BALTASAR. -(Cerrándole la boca.) ¡No respira! (Bajándola los párpados.) ¡No ve! (Poniéndole la mano sobre el corazón.) ¡No late! (Llamándola con un horroroso grito, como si con la voz quisiera alcanzar aún en su carrera aquel espíritu que se ha separado de su envoltura.) ¡Hija mía! No me oye... ¡Ya estoy solo! (Rompiendo a llorar.)

EUGENIO. -¡Usted sin hija! ¡Yo escarnecido! ¡El vicio triunfante!... Si no existiese la conciencia, habría para dudar de Dios; porque, ¿cuál es la recompensa de los hombres de bien? (BALTASAR cierra el puño crispado como si estrujase en él a la humanidad, y pronunciando como un reto la frase que sigue con el sarcasmo y la amarga decepción que destila la acusadora idea que envuelve.)

BALTASAR. -¡En la GRAN COMEDIA humana, alguien tiene que pagar a la compañía!  
¡Nosotros somos los empresarios!